
El Trato de la Dama
Promesas Navideñas 2
ANNE LOVELACE

© ANNE LOVELACE

El trato de la dama

Sello: Independently published

Safe Creative: 2511253836288

Primera edición, diciembre de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

El trato de la Dama

Promesas Navideñas 2

Anne Lovelace

A todas mis lectoras, que hacéis magia con solo comenzar a leer.

Gracias por regalarme un rinconcito en vuestra Navidad.

Que nunca os falten historias… ni besos bajo el muérdago.

Sinopsis

Londres, 1806.

El **capitán Julian Redford** está preparado para sentar la cabeza y anunciar su matrimonio. Pero, en vísperas de Nochebuena, su futura esposa huye con un mozo de cuadras y lo convierte en el chiste más jugoso de la temporada.

Mientras los salones se llenan de risas y rumores, **lady Helen Hawthorne** se niega a permanecer como una simple espectadora. Lleva años acostumbrada a que Julian la vea como «la pequeña Helen», pero no está dispuesta a verlo caer en desgracia por culpa de una novia cobarde. Así que toma una decisión tan audaz como imprudente: ofrecerse en lugar de la prometida fugitiva.

Lo que nace como un trato razonable para salvar reputaciones podría convertirse, durante ese invierno helado, en algo mucho más peligroso.

En una ciudad que no deja de murmurar, **¿podrá un trato navideño transformarse en el verdadero regalo de una dama?**

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Epílogo
La **bilogía** completa
Sobre la autora y la historia

Capítulo 1

La aceptación de la verdad

Londres, 1806.

A los veintitrés años, lady Helen Hawthorne había descubierto que la palabra solterona no caía del cielo, sino de los labios de las matronas aburridas. No la pronunciaban todavía en su presencia, por deferencia al duque de Aylesford, su hermano, y a la impecable duquesa, Margaret, pero revoloteaba a su alrededor como un gorrión oportunista, esperando la menor oportunidad para posarse en su hombro.

No lo era por falta de ocasiones. Había rechazado a un baronet con más tierras que inteligencia, a un viudo con un bigote imponente y de carácter insufrible pero más rico que Creso, y a un adonis tan preocupado por la caída de su pelo que hablaba más de tónicos que de literatura. A los ojos

del mundo, Helen era escrupulosa, difícil, quizá demasiado soñadora para su propio bien.

La verdad era mucho más simple y, al mismo tiempo, muchísimo más inconveniente.

Helen no se casaba porque estaba enamorada de un hombre al que jamás podría olvidar. El mejor amigo de su hermano, quien por descontado no sabía ni que existía.

Lo amaba desde una edad en la que las niñas solo debían encapricharse de ponis y de cintas nuevas para sujetar los rizos. Aquel afecto había crecido con ella, se había asentado en su pecho con la testarudez de una raíz que se negaba a morir. Ni los años en el campo, ni los inviernos en Londres, ni el regreso del capitán Redford con el uniforme cubierto de historias que no contaba a nadie habían logrado arrancarlo de su corazón.

Había intentado razonar consigo misma. No era una jovencita tonta, pero jamás sería hermosa. Su estatura era más bien alta, con las caderas marcadas por una figura que ninguna doncella muy piadosa se habría atrevido a llamar delgada. Sus ojos verdes no tenían nada de extraordinario, salvo la manía de delatar cada emoción que intentaba ocultar. El cabello, de un castaño oscuro con reflejos cobrizos, resultaba demasiado abundante para los peinados sencillos, de modo que siempre había algún rizo obstinado escapando a la altura de las sienes. La piel clara se le sonrojaba con facilidad, lo cual no ayudaba en absoluto cuando el objeto de su afecto entraba en

una estancia. Sus labios eran demasiado llenos para la moda de las bocas discretas y, para colmo, un hoyuelo traidor se le marcaba en la mejilla derecha cada vez que sonreía.

Todo ello componía un conjunto que la sociedad consideraba solo agraciado. Nada más peligroso que eso. Así que como una agraciada más entre tantas, se esperaba de ella que estuviese disponible, complaciente y, sobre todo, que fuese razonable a la hora de aceptar un buen partido.

Pero Helen, con su hoyuelo, sus ojos verdes y sus rizos rebeldes, se negaba a ser razonable.

Prefería arriesgarse al murmullo de las matronas a imaginarse caminando hacia el altar del brazo de un hombre que no fuese Julian Redford. Podía soportar que la llamasen exigente, testaruda o caprichosa. Lo que no podía soportar era la idea de compartir la mesa del desayuno, los silencios de la noche o las primeras canas con alguien cuya sonrisa no le incendiase el pecho como lo hacía la de él.

Por desgracia, la sociedad no se detenía a considerar la intensidad de los sentimientos de una dama antes de colgarle una etiqueta. Los años avanzaban, los bailes de la temporada también y las presentaciones de jóvenes debutantes parecían multiplicarse a medida que ella, con sus veintitrés años impecablemente cumplidos, empezaba a desentonar en los grupos de muchachas recién salidas del cascarón.

En esos instantes, mientras Londres se engalanaba con ramas de acebo y el rumor de campanas anunciaba la cercanía de la Navidad, Helen sentía más que nunca el peso de esa cifra: veintitrés. Suficientes para que la considerasen mayor para los juegos inocentes, insuficientes para que le permitieran renunciar por completo al matrimonio.

Y, sin embargo, allí estaba, plantada en un salón, con un vestido verde oscuro que favorecía sus hombros y hacía resaltar el brillo de sus ojos, decidida a no aceptar la mano de ningún caballero que no llevase el apellido Redford.

Fue en ese momento, con esa terquedad palpitándole bajo la piel clara, cuando alzó la vista hacia el centro del salón y lo vio.

El capitán Julian Redford bailaba un vals con una preciosa joven de rizos rubios y vestido blanco, mientras Helen Hawthorne, la casi solterona de veintitrés años, se moría de celos en el borde de la pista.

Las velas del salón resplandecían con un brillo casi insolente, reflejándose en los espejos altos y en las bolas de cristal que habían colgado para recordar a todos que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Los músicos interpretaban el vals con más entusiasmo que precisión, las risas se mezclaban con el murmullo de los cotilleos y, sobre todo, el aire estaba tan cargado de perfume, calor y expectativas que a lady Helen Hawthorne le costaba respirar con normalidad.

Aunque quizá el problema no era el aire.

—Estás sonrojada —observó una voz divertida a su lado—. Diría que es por el calor, pero conozco ese color en tus mejillas, Helen.

La aludida apretó más el abanico contra la palma de la mano antes de desplegarlo con estudiada calma.

—No digas tonterías, Margaret. Estoy perfectamente.

La duquesa de Aylesford se permitió una risita suave. El diamante que llevaba al cuello titiló al compás de aquel sonido. La esposa de su hermano tampoco fue una joven hermosa radiante, pero había conquistado a uno de los duques más importantes del reino el año pasado.

—Por supuesto que sí. Estar perfectamente es exactamente lo que hace una joven cuando mira con fijación a un caballero como si quisiera arrancarle la cabeza de un mordisco.

Helen siguió la dirección de la mirada de Margaret, pero antes de fijar la mirada ya sabía lo que la esposa de su hermano estaría viendo. Al otro lado del salón, entre un mar de sedas claras y chaquetas oscuras, el capitán Julian Redford se movía con elegante seguridad en medio de la pista.

La casaca azul marino le marcaba los hombros anchos; el oro de los galones resaltaba la firmeza de su postura; su mano enguantada conducía

a su pareja con una seguridad que a Helen le resultaba demasiado familiar.

Esa mano había tirado de ella cuando era una niña y se había encaramado a un roble del parque de la casa solariega de Aylesford para demostrarle que no tenía miedo a las alturas. Esa misma mano la había izado al lomo de un poni testarudo. La había sacado del estanque helado aquella vez que decidió comprobar cuánto hielo podía soportar el peso de una Hawthorne.

Julian siempre llegaba a tiempo para salvarla. Y, en agradecimiento, se había pasado toda la vida tratándola como a una hermana pequeña a la que había que vigilar.

Helen cerró los dedos sobre el varillaje del abanico hasta que este crujió. No era su hermana pequeña. Era una mujer como la otra con la que bailaba.

Lady Charlotte Wetherby. Hija del conde de Wetherby con una dote enorme, buena salud y hermosa hasta lo irreal. Carácter dulce, según aseguraba todo el que se había tomado la molestia de hablar con ella más de dos minutos.

Perfecta. En resumen.

—No estoy tratando de asesinar a nadie —musitó Helen, sin apartar la vista del centro del salón—. Solo observo. Es un entretenimiento inocente.

—Ah, sí. Muy inocente. Sobre todo cuando parece que quieres matarlo a él y estrangular a la pobre lady Charlotte con la mirada.

—No le deseo ningún mal a ninguno de los dos. —Se humedeció los labios, irritada consigo misma por el temblor que notó en su voz—. Es una joven encantadora.

Margaret inclinó la cabeza, como si estuviese valorando la afirmación.

—Lo es. Habla un francés impecable, toca el piano con soltura y su madre asegura que borda como un ángel.

—Me alegro por ella. El mundo necesitaba con urgencia otro bordado perfecto.

La duquesa alzó una ceja, divertida.

—Y, por supuesto, es un detalle sin importancia que su dote baste para salvar a media sociedad en ruinas. O a tu capitán —soltó con suavidad.

—¿Tan evidente he sido con respecto a él, Margaret?

—No, pero soy muy observadora. Cuando lo mirabas lo hacías de un modo muy especial.

—¿Lo sabe mi hermano?

—Por supuesto que no. Para Edmund sería impensable que su mejor amigo pusiera los ojos en su hermana pequeña.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre al que le cuesta entender los asuntos del corazón. Aunque la pregunta debe ser otra. ¿Por qué no has animado nunca al capitán Julian, Helen?

—¿Quieres la verdad o una mentira piadosa?

—Tu pregunta es ofensiva —retrucó la duquesa.

—No soportaría su rechazo. ¿Estás contenta?

—No. No lo estoy, porque él está comprometido y tú sufres.

El estómago de Helen se encogió al escuchar aquellas palabras en voz alta.

Margaret, que rara vez perdía la sonrisa, dejó que esta se suavizara.

—Querida… —Empezó a decir, pero Helen no la dejó continuar.

—No empieces a compadecerme, te lo ruego —murmuró—. Estoy por encima de tales

sentimientos. Solo… me preocupa.

—¿El qué?

Helen tragó saliva con dificultad.

En el salón, los músicos cambiaron el ritmo de la danza. Julian inclinó la cabeza hacia lady Charlotte, le dijo algo que hizo que la joven se ruborizase como una rosa de invierno, y soltó una risa temblorosa que solo él pudo oír.

—Nada. No me preocupa nada. Su elección es la que merece —respondió Helen al fin, apenas en un susurro—. Tiene todo lo que él necesita.

—¿Hablas de la dote?

—Escucho a mi hermano hablar pese a que Edmund sigue dando por supuesto que no comprenderé lo que oigo. Sé que Julian es el heredero perdido de un viejo conde arruinado sin más familia y que necesita la fortuna de la dama. Es un acuerdo natural, ella adquiere un nuevo título y él dinero para reflotar el patrimonio que le será pronto concedido. Todos ganan.

Margaret chasqueó la lengua.

—¿Y tú, Helen? ¿Qué ganas tú?

—Con él fuera de circulación, por decirlo de alguna manera, podré avanzar. Tal vez encuentre

pronto a un caballero que me deslumbre.

Durante años, había escuchado a Julian hablar de la campaña, de las noches en vela, de sus hombres, de las decisiones que tomaba. Lo había oído describir tormentas en el mar, guardias heladas y balas silbando demasiado cerca. Y no podía imaginarlo compartiendo esas historias con una joven que bajaría la vista esperando a que él dejase de hablar de la guerra.

—¿Entonces aceptas que lo has perdido?

—Nunca fue mío, Margaret —precisó.

—Es natural que él no haya vislumbrado ni un atisbo de sentimiento en ti porque no le has permitido verlo.

—Mi hermano se sintió inclinado hacia ti de inmediato.

—¿Te lo dijo él?

—No hizo falta. Si Julian me hubiese querido, no le hubiera hecho falta que yo le dejase pistas.

—¿Y no has pensado nunca que él se ha convertido en un mercenario por necesidad y que no querría llegar a ti con la necesidad sobre sus hombros? Es un hombre de honor, no creo que pudiese casarse con la hermana de su mejor amigo solo por tu dote.

—Pero sí que puede tragarse su orgullo por otra. No, Margaret. Para él no soy una mujer elegible, solo la hermana pequeña de Edmund —comentó tratando de apaciguar su maltrecho corazón—. Será feliz y es lo que importa.

—No puedo obligarte a actuar, Helen, y lo lamento de veras.

Margaret posó una mano en su antebrazo, en un gesto que combinaba afecto y prudencia.

Helen se obligó a mirar de nuevo hacia la pista.

Tenía razón. Ella no había hecho nada para animarlo a conquistarla. Así que Julian había empezado a llevar a lady Charlotte a pasear por el parque, a buscarla en los bailes, a invitarla a sentarse cerca del fuego en las veladas más íntimas. Se había mostrado atento, caballeroso y amable. Helen había aprendido a convivir con unos celos horribles que le hacían acostarse cada noche llorando.

En ese momento, Julian levantó la vista. Sus ojos, oscuros y vivaces, recorrieron el gentío con la rapidez acostumbrada a localizar un peligro potencial. O a una niña que trepaba por donde no debía, pensó Helen con amargura.

Sus miradas se encontraron.

Fue apenas un instante, una mirada que cruzó la distancia que los separaba. Julian le sonrió,

una de esas sonrisas fáciles, cálidas, que siempre le habían pertenecido a ella. Inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo.

Por inercia, Helen le devolvió la sonrisa. La suya se le clavó en las mejillas como una máscara incómoda.

—¿Lo ves, Margaret? —murmuró—. Para él nunca dejaré de ser la pequeña Helen, la hermanita de Aylesford, la criatura imprudente que hay que mantener a salvo del hielo y de las ramas altas.

—Y, sin embargo, tiemblas como una hoja cada vez que te mira —replicó la duquesa con dulzura—. Lo cual reduce mucho mi capacidad de fingir que no me he dado cuenta de nada.

Helen bajó la vista hacia su propio vestido, verde oscuro, adornado con cintas doradas. Se había esmerado en presentar su mejor versión. Todo para aparecer esa noche en el baile con el aspecto de una dama madura, dueña de sí misma.

Contempló el blanco impoluto del vestido de lady Charlotte y sintió que su elegante verde se convertía de pronto en un tono apagado, vulgar.

Helen suspiró.

Los músicos concluyeron el vals con un acorde final. Los aplausos llenaron el salón. Julian acompañó a lady Charlotte hasta el borde de la pista, se inclinó con corrección y la dejó en manos de su

dueña, la condesa de Wetherby, que sonreía como un gato satisfecho.

Entonces, para sorpresa de Helen, él se volvió en su dirección.

—Creo que viene hacia aquí —anunció Margaret, en un susurro—. Controla el abanico, o vas a acabar partiéndolo en dos.

Helen miró sus dedos y, en efecto, estaba apretándolos con fuerza, los relajó obedientemente. Sentía la respiración acelerada, un cosquilleo incómodo en la nuca, la mente llena de frases que jamás había dicho y que probablemente no se atrevería a pronunciar en un millón de años.

Julian llegó hasta ellas e hizo una reverencia cortés ante la duquesa antes de dedicarle a Helen una sonrisa que le fue dolorosamente familiar.

—Duquesa. Lady Helen —las saludó. Su voz tenía ese timbre cálido y algo rasposo que siempre la había hecho pensar en un fuego encendido y las noches de invierno—. Espero que estén disfrutando de la velada.

—Muchísimo, capitán —respondió Margaret con absoluta inocencia—. En especial el espectáculo de ver cómo todas las madres casaderas se relamen en busca de un buen partido. No había sido antes tan evidente para mí. Supongo que haber tenido un heredero hará también que me convierta en una mercenaria cuando llegue la ocasión. No me

gustaría ver a mi pequeño Tommy casado con alguna víbora como lo es su propia madre. —Se burló de sí misma.

Una chispa de humor cruzó los ojos de Julian. Conocía bien a la esposa de su amigo y había aprendido que sabía reírse de sí misma.

—Supongo que me alegra estar ya fuera de circulación. Ser el receptor de un título, aunque venga sin fortuna, me hizo más atractivo a los ojos de todas las damas casaderas de la sociedad.

—Y sus madres —replicó Margaret.

—Especialmente de sus madres. Nuestro Tommy tendría suerte de encontrar a una esposa como usted, duquesa.

—Ah, capitán, es usted un adulador nato. Ahora entiendo el motivo por el que mi esposo lo tiene en tan buena estima; no me ha permitido ni burlarme de mí misma. Está bien, se lo concedo. Mi hijo tendrá suerte si encuentra a una mujer que lo ame tanto como su madre ama a su esposo.

El capitán le sonrió y se volvió hacia Helen.

—¿Y tú, pequeña…? —se detuvo por el desliz. No debía tratarla con familiaridad en público. Fue solo una fracción de segundo, pero Helen percibió que iba a tratarla como si siguiese siendo una niña. Aquella palabra quedó suspendida entre ellos, no pronunciada del todo. Él pareció darse

cuenta de algo, o tal vez fuese solo un efecto de la luz sobre sus facciones; el caso fue que, cuando volvió a hablar, cambió el rumbo de la pregunta. Carraspeó—. Lady Helen —se corrigió—, aún no ha bailado esta noche, ¿verdad?

Ella parpadeó.

—Lo… lo he hecho, en realidad.

—Con su hermano no cuenta —replicó Julian con una sonrisa ladeada—. ¿Me otorgaría el honor del siguiente baile?

Helen sintió cómo el corazón le daba un vuelco tan brusco que casi estuvo segura de que Margaret podía verlo saltar bajo el corpiño. Había deseado ese momento con fervor durante el último. Lo había imaginado de mil maneras: romántico, casual e inevitable. En ninguna de esas variantes él llevaba un uniforme que brillaba por otra mujer, ni la ciudad entera cuchicheaba sobre un compromiso con una dama perfecta.

Se oyó a sí misma responder, con una voz que no parecía la suya:

—Lo cierto es que no. No disfruto mucho del reel. —Era la pieza que iba a sonar.

Julian frunció el ceño.

—¿Desde cuándo no le agrada bailar?

La dama se mordió la lengua. Iba a decirle que desde que él no la tuvo en consideración jamás.

—Helen está algo mareada, capitán —intervino Margaret—. Justo iba a acompañarla al jardín para ver si un poco de aire le sentase bien. ¿Me haría el favor de acompañarla usted? Me temo que le he prometido la siguiente pieza a mi esposo y…

—Será un placer. —Julian no la dejó terminar.

El capitán le ofreció el brazo. Helen miró de reojo a su supuesta amiga sin entender lo que ella se proponía con semejante idea. Al final aceptó el brazo del hombre por el que suspiraría toda la vida. La tela del uniforme estaba tibia bajo su mano enguantada, él se percibía firme como siempre, tan familiar y al mismo tiempo tan extraño…

Mientras se dirigían a las puertas francesas, sintió la mirada de medio salón clavada en su espalda. O quizá solo era la de Margaret, quien estaría relamiéndose por su supuesto triunfo.

Capítulo 2

Una conversación incómoda

El aire helado de la terraza golpeó el rostro de Helen en cuanto cruzaron las puertas francesas. El contraste con el calor del salón le arrancó un ligero escalofrío, que disimuló alzando un poco la cabeza.

La terraza estaba casi desierta. La mayoría de los invitados prefería cotillear cerca de las bandejas de ponche, no contemplar un cielo negro de invierno sobre los tejados de Londres en la víspera de Navidad. Solo se oían, amortiguados por los cristales, el murmullo de la música y las voces del interior.

Julian la condujo hacia un rincón resguardado, entre dos grandes macetones y un pilar.

Cuando se detuvieron, la soltó con cuidado.

—¿Mejor? —preguntó él.

Helen asintió, aunque su corazón seguía desbocado.

—Mucho. Gracias.

Se quedaron unos segundos en silencio. De la calle subía un olor lejano a humo y nieve sucia. Algún carruaje pasaba de tanto en tanto y el traqueteo de las ruedas se perdía en la distancia. Era difícil imaginar que, en esos instantes, el resto de Inglaterra se preparaba para el bullicio de las Navidades mientras Londres se quedaba medio vacío.

Julian fue el primero en romper el silencio.

—Edmund me ha dicho que tienes un pretendiente. —Prescindió de la formalidad porque siempre que estaban en privado ambos lo hacían.

Helen parpadeó, desconcertada.

—¿Perdón?

—No te hagas la sorprendida. —Se apoyó con un hombro en el pilar, como si aquel tema fuese de lo más trivial—. Según tu hermano, hay un joven vizconde pisándote los talones. Ha hablado de… Northbridge, ¿no?

Helen apretó los dientes antes de responder.

—No sabía que mis asuntos se debatían durante las partidas de cartas de los caballeros.

—Y no lo hacen. Conoces bien a tu hermano y espero que a mí también. No comentaríamos nada delante de otros. —Alzó una mano, a modo conciliador—. Solo lo mencionó de pasada. Estaba… orgulloso porque parece que no te es indiferente.

La palabra se clavó en ella con una mezcla de ternura y exasperación.

—Me alegro de servir de tema de conversación. ¿Qué más te ha dicho? ¿Cuántas gallinas trae mi posible contrato matrimonial?

Julian dejó escapar una breve risa.

—No seas injusta. Edmund solo piensa que Northbridge podría ser un buen partido. Es un título respetable, sus tierras están en buen estado y… además, no necesita tu dote.

—¿Y tú qué piensas? —lo interrumpió.

Él vaciló un instante.

—Que es demasiado joven. Y demasiado tonto.

Helen lo miró, incrédula.

—¿Tonto?

—He coincidido con él en más de una ocasión. Se preocupa más por el nudo de su corbata que por cualquier otra cosa. Te mereces algo mejor.

—Oh, eso es magnífico —replicó ella con una ironía que él no advirtió. Entre otras cosas porque desconocía los sentimientos de ella hacia él—. Tú puedes decidir que es demasiado joven y demasiado tonto para mí, ¿es ahora cuando te doy mi opinión sobre tu matrimonio con lady Charlotte?

El comentario cayó entre ellos como un trozo de hielo.

Julian la observó con los ojos entrecerrados.

—Eso es distinto.

—¿Ah, sí? —Helen cruzó los brazos sobre el pecho, más para erguirse que por el frío—. No tuviste la necesidad de preguntar a tu amiga de la infancia si aprobaba a tu prometida o las circunstancias de tu compromiso. Pero tú, en cambio, sí puedes examinar a mis posibles maridos como si fueses… no lo sé, ¿mi tutor?

—Helen…

—No. —Alzó una mano—. Me interesa mucho esta lógica. Ilumíname. Tú puedes sacrificarte noblemente por una gran dote para salvar un título que te será pronto concedido, pero yo debo mantenerme alejada de un vizconde joven porque te cae mal.

Julian se enderezó y se apartó del pilar.

—Una dama no habla de esos asuntos.

—¿Y una vieja amiga, Julian? Porque no soy ninguna niña; sé bien lo que te traes entre manos y no me avergüenza lanzártelo a la cara.

—Yo no he hablado de sacrificios —puntualizó al sentirse acorralado.

—No hace falta que lo hagas. —La voz de Helen temblaba. Estaba furiosa—. Mi hermano habla bastante por los dos: «Julian se ve obligado a pensar en el futuro; Julian no puede seguir dependiendo de los trabajos que todavía hace para el Ministerio; Julian necesita una esposa adecuada». Créeme, tengo el discurso memorizado. Y ni una sola vez te dignaste a venir a verme para preguntarme si conocía a la candidata perfecta para ti. ¡Es más! —gritó—. En la boda de mi hermano me trataste como si fuese una absoluta desconocida. —Se calló lo fundamental, y eso era que Helen se hubiese arrojado a sus pies. Porque si lo que él necesitaba era una candidata con una excelente dote, ella misma le hubiese servido a las mil maravillas.

Él inspiró hondo, como si contase mentalmente hasta diez. No entendía la furia que veía en la hermana pequeña de su mejor amigo. Era cierto que vendió su comisión cuando regresó a Londres para quedarse el año pasado, y aunque conservaba su rango y se le permitía usar su uniforme de gala, lejos de que sus responsabilidades descendieran, aumentaron cuando un familiar lejano

lo rastreó en su línea sucesoria. Era el último de su familia. El resto había muerto por enfermedad o la guerra. El conde que deseaba legarle su título confiaba en él para que la prosperidad regresase a esa línea familiar. Tenía que casarse. Casarse bien. La mujer a la que se lo había propuesto lo había aceptado de inmediato. No sabía lo que ella esperaría de él, pero para hombres como Julian, el amor estaba sobrevalorado. Mejor la comodidad y la tranquilidad. Su prometida cumplía ambas funciones.

—Sabes tan bien como yo que mi situación es complicada. El viejo conde apenas conserva un tejado que no gotee. Cuando muera…

—Cuando muera te convertirás en un conde arruinado con mucho orgullo y pocas libras —terminó ella—. Sí, lo sé, de ahí que buscases a una mujer con una fortuna bajo el brazo. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué tu futuro te pertenece por completo y el mío es territorio de la opinión pública?

Julian frunció el ceño.

—No he dicho eso.

—Lo has dado a entender. —Lo miró directamente a los ojos—. Podrías, al menos, concederme el mismo derecho que te concedes a ti: elegir mi desgracia.

Durante un momento, creyó que él iba a enfadarse debido a su arrebato furioso. En lugar de eso, Julian dejó escapar un suspiro cansado.

—No quiero que elijas una desgracia —dijo con voz más suave—. Quiero que seas feliz.

Helen sintió un pinchazo en la garganta.

—Entonces no me mires como si me fuese a romper en pedazos en cuanto Northbridge pronuncie mi nombre.

—Te miro como alguien que te conoce desde que trepabas a los árboles con las enaguas llenas de barro. —Sus labios se curvaron un poco—. Y como ese alguien, te aseguro que ese muchacho no sabría qué hacer con una mujer como tú.

—¡Perfecto! —Helen alzó las manos, exasperada—. Estoy rodeada de hombres que deciden por mí. Edmund, tú, media Cámara de los Lores si los dejase… Debería empezar a cobrar por las opiniones.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, solo roto por el lejano sonido de un violín que llegaba desde el salón. Helen se esforzó por recuperar el control de la respiración. Sabía que aquel arranque no era del todo justo. También sabía que, si no hablaba en ese momento, acabaría tragándose las palabras hasta que le hiciesen un nudo permanente en el estómago.

Julian se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—No pretendía ofenderte —dijo al fin—. Solo me preocupa verte… resignada.

Ella dejó escapar una pequeña risa amarga.

—No estoy resignada.

—Pues lo parece. Das a entender que serás una solterona si Northbridge no te convence. Y eso con veintitrés años.

Helen vaciló.

Había llegado justo al borde de lo que llevaba años evitando decir. Podía retroceder, hacer una broma, desviar la conversación hacia el tiempo, el ponche o la decoración navideña. Podía seguir siendo la pequeña Helen que sonreía y se tragaba las lágrimas en silencio.

En vez de eso, respiró hondo.

—No seré una solterona por culpa de Northbridge —confesó en voz baja—. Lo seré, si así lo decido, porque estoy enamorada de un hombre al que jamás podré tener.

Las palabras flotaron entre los dos, serias y frías como un copo de nieve que no terminaba de caer.

Julian se quedó inmóvil.

Durante un segundo, algo tiró de su pecho con una fuerza seca, inesperada. Una sensación extraña, como si el corazón hubiese

perdido su latido constante. La atribuyó, con toda la dignidad de un oficial experimentado, a la cena. Tal vez había tomado demasiadas ostras. O el cocinero había abusado de la pimienta.

—Vaya —acertó a decir el caballero—. Eso… no me lo esperaba.

Helen se encogió de hombros. Trató de fingir ligereza.

—No veo por qué. Soy una mujer, ¿recuerdas? A veces nos enamoramos de hombres imposibles. Es una costumbre necia, pero bastante extendida.

Él frunció el entrecejo.

—¿Y quién es? ¿Lo conozco?

Helen soltó una carcajada sin alegría.

—Por supuesto que no te lo voy a decir.

—Helen —la llamó al orden por no confiar en él.

—¿Qué gana nadie con eso? —se defendió—. Él no me corresponde, no podría hacerlo aunque quisiera. Y yo no tengo la menor intención de arrojarme a sus pies para que me rechace. Bastante tengo con soportar a las matronas contando a mis pretendientes con los dedos de una sola mano.

Julian la miró fijamente. A Helen le habría resultado más sencillo sostener todo el peso del mundo que aquella mirada.

—Eso es… una lástima —murmuró él.

—No necesito tu compasión.

—No te compadezco. —Sacudió la cabeza—. Estoy seguro de que habrá pocos hombres que te rechacen. Posees todas las cualidades que una dama debería tener. Pero me duele que hables del amor como si fuese una enfermedad incurable.

Ella arqueó una ceja. Deseaba apretarle la garganta. Estrangularlo con sus propias manos. ¿Por qué no la había elegido si tan maravillosa era? Porque no decía la verdad, solo la veía como la pobre hermana de su mejor amigo y hablaba por obligación. Seguro que era así.

—¿Y cómo debería hablar del amor, capitán? ¿Como de un baile de máscaras? ¿Como de una campaña gloriosa?

—Como de algo a lo que no deberías cerrarte. —Su voz se volvió más firme—. Que estés enamorada de un hombre imposible no significa que debas condenarte a vivir sola si un día… si un día encuentras a alguien que te haga verdaderamente feliz.

Helen lo observó. Se había quedado muy quieta.

—¿Eso piensas? ¿Qué debo mantenerme disponible por si el destino decide ser generoso conmigo? Me conoces poco si crees que mis sentimientos son tan frágiles, Julian.

—Pienso que eres demasiado joven para enterrarte en vida por un sentimiento al que no le has dado siquiera una oportunidad.

Ella lo meditó un instante.

—Dime una cosa, Julian.

—Lo que quieras.

—¿Estás enamorado de lady Charlotte? —Helen había dado por supuesto que se casaba por conveniencia, aunque que al ver que Julian hablaba sobre que ella tenía que encontrar el amor, no se le había pasado por la cabeza que pudiese amar a su prometida. Se preparó para lo peor.

Por su parte, a él la pregunta lo golpeó con más fuerza que el frío.

Abrió la boca, dispuesto a dar una respuesta rápida, convincente, de esas que acallaban tanto los rumores como las dudas ajenas. Pero las palabras no acudieron con la disciplina que se esperaba de ellas.

Se vio a sí mismo paseando con Charlotte por el parque, escuchándola hablar de música, del tiempo, de pequeñas fruslerías. Recordó

su risa discreta, sus mejillas ruborizadas, la corrección intachable de cada gesto…

Era una buena joven. Dulce. Adecuada.

El tirón en el pecho volvió, más leve, como un recordatorio impertinente.

—No —respondió al fin—. No lo estoy. Y lo que me gusta de ella es que tampoco aspira a cuentos románticos. —Era una joven demasiado correcta para no comprender del modo en el que funcionaba el mundo. En opinión de Julian, su padre, el conde, la había enseñado bien.

Los ojos verdes de Helen se abrieron un poco más.

—¿Entonces por qué mencionar tanto la palabra amor?

—Porque un militar no tiene derecho a tales sentimientos —la interrumpió, casi con brusquedad—. No después de lo que ha visto. El amor… complica las cosas. Te vuelve descuidado. Te distrae. Y un hombre distraído, en mi profesión, es un hombre muerto. O peor aún, un hombre que condena a los suyos. He vivido demasiado tiempo sin amor y no quiero encontrarlo, Helen. Esa es mi mayor verdad.

Helen lo escuchó con atención, sin apartar la vista de su rostro.

—Eso es en el frente —objetó—. No estás en campaña, Julian. Estás en una terraza en Londres, en la víspera de Navidad, hablando con una mujer que se muere de frío.

Él no pudo evitar ofrecerle una sonrisa cansada.

—Aunque ya no lleve el uniforme de diario, sigo siendo el mismo hombre. El que tiene pesadillas si las cosas no salen bien. El que carga con lo que ha hecho y con lo que no ha sido capaz de evitar. ¿De verdad crees que un hombre así merece arrastrar a una dama a sus sombras?

—Creo que toda mujer debería decidir por sí misma qué sombras está dispuesta a compartir —replicó Helen con calma—. Igual que tú te has apropiado del derecho de decidir qué luces debo aceptar yo. Tu prometida no merece tu decisión, Julian —dijo con convicción.

La miró, sorprendido por la firmeza de aquel tono.

Durante un instante, en medio de la escarcha, se preguntó cómo demonios se había olvidado del temperamento de la hermana de su mejor amigo. Aunque no quiso recordar en qué momento la pequeña Helen había desaparecido para dar paso a alguien tan distinto. El tirón en el pecho pareció explicar muchas cosas que no estaba dispuesto a analizar.

Se aclaró la garganta.

—En cualquier caso —dijo—, lo que intento decirte es que no deberías cerrar tu corazón. Puede que ese hombre imposible no sea tu final.

Helen le sostuvo la mirada un segundo más. Luego sonrió, pero la sonrisa no llegó a los ojos.

—Y yo intento decirte que tú tampoco deberías esconderte tras un título y una dote como si fuesen una trinchera. Pero supongo que ninguno de los dos es muy bueno siguiendo consejos.

Él se rio para tratar de restar hierro al asunto.

—Touché.

Desde el interior llegó el sonido de un nuevo anuncio del maestro de ceremonias. La música cambió. Otra danza empezaba.

Helen se frotó los brazos. Estaba tiritando.

—Será mejor que volvamos antes de que alguien decida que he huido con el capitán Redford. Eso sí sería un escándalo memorable.

—No te ocurrirá nada malo mientras yo esté contigo —replicó él, al tiempo que le ofrecía de nuevo el brazo.

Ella lo cogió, sintió el calor del uniforme a través del guante.

—Te hago la misma promesa, capitán Julian Redford. Nada malo has de temer porque yo también te protegeré.

Él le sonrió y luego negó con la cabeza. Para un hombre como él, era impensable que una mujer pudiese protegerlo de cualquier cosa. No. La obligación de velar por una dama era del hombre.

Mientras caminaban hacia las puertas francesas, Helen pensó que no le quedaba más remedio que permitir que aquello fuese el final. Incluso después de pronunciar en voz alta la verdad que la había perseguido tantos años. Además, Julian, con toda su terquedad de soldado, seguía sin ver lo que tenía delante de las narices.

En esos instantes, cuando las luces del salón volvían a alcanzarlos, decidió algo en silencio. Se quedaría sola. Fue como si hiciese un voto eterno condenándola a la soledad. Si el capitán Redford creía que estaba destinada a prendarse de otro hombre después de haberle explicado que estaba enamorada de un imposible, eso significaba que él no sabía lo constante y terca que podía llegar a ser.

Capítulo 3

¿Un milagro navideño?

Durante los días siguientes, Londres se enfundó su mejor disfraz navideño y, aun así, Helen tuvo la sensación de caminar por una ciudad oscura.

Cada mañana, Aylesford House se ponía en marcha cuando los criados encendían los fuegos al despuntar la luz gris del amanecer, y el aroma a pan recién hecho y a gachas calientes se mezclaba con el de las ramas de pino que habían colgado en el recibidor. El mayordomo se empeñaba en que la corona de acebo de la puerta estuviese perfectamente alineada, como si el honor de la familia dependiera de un lazo rojo bien centrado.

Helen se despertaba con todo aquello… y con la sensación de que alguien le había colocado un peso frío sobre el pecho durante la noche.

Sabía que debería sentirse agradecida. Tenía un techo sólido, un hermano que la adoraba a su manera brusca, una hermana por matrimonio afectuosa y un sobrino de tres meses que ya reinaba sobre la casa con la autoridad de un emperador diminuto. Había días en que esa idea la hacía sonreír; otros en los que se preguntaba cómo era posible que el mundo siguiera moviéndose con tanta calma cuando el suyo acababa de resquebrajarse.

Bajaba a desayunar con el cabello recogido de forma impecable y los ojos rodeados de sombras que el polvo de arroz no lograba disimular del todo. Edmund solía estar ya en la cabecera de la mesa, hojeando el periódico, mientras Margaret daba instrucciones a la doncella para que atendiese al pequeño Tommy.

—Has dormido poco —observaba la duquesa, sin necesidad de mirarla demasiado.

Helen le respondía con una sonrisa breve y la excusa de siempre:

—Es el tiempo. Este frío cala en los huesos.

En realidad, el frío se le quedaba en el alma. Pero eso no se decía en una mesa donde flotaban las palabras: bendición, heredero y primeras Navidades del niño.

Después del desayuno, la jornada se repartía entre pequeñas obligaciones. La duquesa de Aylesford tenía listas de regalos que supervisar:

pañuelos bordados para las damas de su círculo, botellas de vino para ciertos caballeros, cestas con comida para los criados más antiguos, sin olvidar los compromisos de la caridad que tan importantes eran para Margaret. Helen se encargaba de revisar las cintas, de comprobar que las tarjetas estaban correctamente escritas, de decidir qué libro resultaría adecuado para la esposa del vicario y qué juguete sería menos peligroso para el nieto del jardinero.

Eran tareas sencillas, casi rutinarias, y precisamente por eso su mente se escapaba a la menor oportunidad.

Mientras doblaba un chal de lana fina, se veía a sí misma colocándole una bufanda a Julian antes de que saliese de casa, tal y como solía Margaret con Edmund. Cuando escogía un volumen de sermones moderadamente entretenidos para la esposa del vicario, recordaba cómo él se había burlado de cierto clérigo que dormía a la mitad de la congregación con solo subir al púlpito. Al seleccionar un soldadito de madera para el hijo del cochero, se preguntaba si el pequeño sabría lo que significaba de verdad llevar un uniforme, cargar con una espada y volver con el peso de los muertos sobre los hombros.

A media mañana, si el tiempo lo permitía, daba paseos en el parque con Margaret. Londres estaba más silencioso que de costumbre. Muchas familias habían partido hacia sus propiedades rurales, y los carruajes circulaban sin el estrépito habitual. Las ramas desnudas de los árboles parecían dedos oscuros contra el cielo plomizo, y el aliento se

les condensaba delante de los labios como pequeñas nubes fugaces.

—Podrías invitar al vizconde Northbridge a que nos acompañase a dar un paseo —sugirió Margaret un día, con mucho tacto pero muy mal disimulado—. No te haría daño conocerlo un poco mejor.

Helen le apretó la mano enguantada alrededor del manguito.

—No necesito conocerlo mejor —replicó con calma—. Ya sé lo suficiente.

—Es educado, viene de buena familia, su situación económica es excelente…

—Y habla del color de sus botas durante veinte minutos seguidos —lo interrumpió ella, al tiempo que miraba fijamente el lago helado—. Tengo la impresión de que se casaría encantado con su propio reflejo.

Margaret no contestó a eso. Solo deslizó la mirada hacia el perfil de Helen y, al ver la rigidez de sus facciones, cambió de tema. Habló del pequeño Tommy, de lo mucho que había engordado, de los sonidos nuevos que hacía al atardecer. Ella la escuchó con atención, como si se aferrase a esa conversación para no pensar en otro niño al que jamás vería nacer y en unas manos grandes que no lo sostendrían con un cuidado reverente. Ella no tendría una familia con él nunca.

Julian rara vez aparecía en ese paisaje cotidiano, y eso lo volvía aún más doloroso. Desde el baile, Helen lo había visto solo un par de veces, y siempre de lejos. Sabía, por los comentarios casuales de Edmund o por las noticias de Margaret, que el capitán estaba muy ocupado. Tenía que visitar al viejo conde, atender asuntos del Ministerio, presentarse en ciertos círculos en los que su presencia, como futuro heredero, empezaba a ser necesaria.

Y, por encima de todo, tenía que dejarse ver con lady Charlotte Wetherby.

Cada vez que oía una frase que tenía que ver con él, Helen sonreía con educación, murmuraba algo acerca de lo muy correcto que era por parte del capitán… y, en su interior, sentía cómo el suelo se inclinaba un poco más bajo sus pies.

Las tardes se acababan temprano. A las cuatro ya era prácticamente de noche. En la casa se encendían más lámparas, las sombras se alargaban en los pasillos y la vida social se reducía a visitas breves. Alguna vecina las visitaba para tomar té, un pariente lejano se presentaba con un pequeño obsequio para el bebé o el vicario pasaba a recordar los horarios de los oficios.

Helen hacía lo que se esperaba de ella: sonreía, comentaba el tiempo, decía que el niño era adorable o que el sermón del domingo anterior le había parecido muy edificante. Nadie habría adivinado, escuchándola, que cada conversación

cortés era otra piedra colocada sobre un corazón que ya tenía bastante peso.

Por las noches, cuando la casa se sumía en un silencio apenas roto por el crujido de la madera o por el llanto de Tommy reclamando a su madre, Helen se topaba con su peor enemigo: el tiempo para pensar.

A veces se sentaba junto al fuego en su habitación con un libro abierto en el regazo y la mirada perdida en las brasas. Leía la misma página una y otra vez sin enterarse de nada. Las palabras flotaban delante de sus ojos, ordenadas y vacías, mientras su mente se llenaba de otras escenas.

Se imaginaba el futuro del capitán Julian Redford y lady Charlotte Wetherby… Se imaginaba la iglesia adornada con flores blancas, a la novia radiante y al novio impecable. Se veía a sí misma en algún banco lateral, con un vestido sobrio y una sonrisa bien practicada, aplaudiendo tranquilamente cuando los recién casados saliesen al sol de primavera. Oh, sí. Faltaban meses todavía para que la pareja se casase, pero el destino era imparable.

En sus peores noches, iba más lejos. Dejaba que su mente pintase un cuadro que nadie más vería: una casa diferente, quizá más modesta, con un jardín pequeño; un niño de ojos oscuros dando sus primeros pasos hacia un hombre alto vestido de civil, ya sin uniforme, que se agachaba para recogerlo. Helen sabía que ese hombre jamás alzaría la vista para buscarla. En esos sueños, ella no

existía; solo era la espectadora invisible de una vida que nunca sería suya.

Había también momentos de ternura que la derretían. Cuando Margaret le pedía que sostuviese al bebé un rato para descansar los brazos, Helen sentía que todo el hielo de dentro se resquebrajaba un poco. Tommy olía a leche y a polvo de arroz, y emitía esos ruiditos graves y sorprendidos que hacían sonreír incluso al severo mayordomo. Ella lo acunaba contra el pecho, le susurraba tonterías y le alisaba el pelo suave. Era una bendición.

—Tu padre es un hombre muy tonto —le confesaba en voz baja—. Y tu madre, otra. Se han enamorado sin remedio y tú has nacido para demostrarlo.

El bebé la miraba con esos ojos enormes y confusos, como si considerase seriamente la gravedad de aquella sentencia.

—No hagas caso de tu tía —intervenía a veces Margaret desde el sofá—. El amor es lo único que hace soportable este frío, Helen.

A la hermana del duque le parecía que todo el mundo a su alrededor estaba bendecido por esa nevada milagrosa menos ella. Edmund y Margaret se miraban con un cariño evidente, se rozaban las manos sin darse cuenta y se buscaban en las estancias con una naturalidad que no necesitaba grandes declaraciones. Hasta los criados parecían encontrar su propia felicidad, pues se oían risas en la cocina, planes para la cena de Navidad del servicio,

susurros acerca de un posible noviazgo entre la doncella nueva y el nuevo lacayo.

Helen observaba todo eso desde una distancia que dolía.

No era que el mundo le negase el amor; era que el único amor que ella consideraba posible llevaba un nombre y un uniforme que ya estaban prometidos a otra.

En una de esas noches, cuando el reloj del pasillo dio las diez y el fuego empezaba a reducirse a brasas anaranjadas, se descubrió hablando sola.

—No puedes perder lo que nunca has tenido —murmuró, mientras miraba cómo una chispa saltaba y moría—. Eso dicen, ¿verdad?

El silencio le respondió con la misma impertinencia que siempre. Nada. No tenía nada.

Helen apoyó la frente en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Sabía que, en algún lugar de la ciudad, Julian estaría quizá sentado en otra sala cálida, escuchando a lady Charlotte tocar el piano o a su madre comentar los preparativos de la boda. Tal vez él mismo hablase de ello con esa serenidad práctica que utilizaba para referirse a cualquier obligación inevitable. Y Helen sabía que él estaba equivocado. Acabaría amando a su esposa, porque un hombre como Julian no podía hacer nada a medias.

La idea la atravesó con un dolor tan agudo que tuvo que apretar los dientes.

Perder a un hombre que nunca había estado al alcance de su mano resultaba, descubría en esos días, muchísimo peor que perderlo después de haberlo tenido. Al menos, en el segundo caso, se podían abrazar los recuerdos. Ella solo tenía un puñado de escenas de la infancia, algunas risas compartidas, un vals robado y una conversación en una terraza fría en la que había dicho más verdad de la que debería.

El mundo, entretanto, seguía preparándose para celebrar la llegada del Salvador, el renacer de la esperanza, la luz en medio de la oscuridad.

Ella se moría.

Helen se arrebujó en la mantita de lana y dejó escapar un suspiro cansado.

Para otros, pensó. Esa Navidad sería un milagro para otros.

Para ella, de momento, no era más que el ejercicio de seguir respirando en una ciudad helada, con el corazón dolorido por un hombre que ya había empezado a andar hacia su propio futuro con otra mujer.

Ah, pero el milagro que tanto había esperado, al fin llegó.

***

Aquel día amaneció tan gris como el ánimo de Helen.

La luz apenas se filtraba por los visillos del salón de estar, y el fuego de la chimenea luchaba por convertir aquella mañana de diciembre en algo parecido a un lugar habitable. Helen estaba sentada cerca de la chimenea, con el pequeño Tommy en brazos. El niño acababa de terminar su biberón y emitía esos ruiditos satisfechos que, según aseguraba Margaret, eran el sonido exacto de la felicidad.

—Tú sí que tienes muy claras tus prioridades —le murmuró Helen, al tiempo que le daba pequeños toques en la espalda para que eructase—. Comer, dormir y gritar cuando algo no te gusta. Tal vez debería imitarte.

Tommy respondió con un eructo rotundo y un bostezo diminuto que la hizo sonreír a pesar de todo.

La mañana prometía ser tranquila. Edmund había ido temprano al club, Margaret se había escapado un momento para visitar a la modista con la excusa de revisar un encargo y la casa disfrutaba de ese breve paréntesis en el que los criados bajaban la voz por respeto al sueño del heredero.

Helen se levantó con el niño en brazos para entregárselo a la niñera, que esperaba en la puerta. En ese instante, el sonido de la verja del patio resonó con más fuerza de lo habitual, seguido del trote apresurado de un caballo y del crujido de las ruedas en el empedrado mojado.

No era la llegada serena de alguien que regresaba de compras.

Pocos minutos después, el mayordomo apareció en el umbral del salón.

—Su gracia la duquesa ha regresado, milady —anunció—. Ha pedido verla de inmediato en el salón amarillo.

Helen sintió un pequeño nudo formarse en el estómago. No sabría decir por qué. Margaret no era dada a dramatismos; hasta el momento no le había pedido nunca algo de inmediato.

Cuando Helen entró en la estancia, supo que el asunto era grave.

Margaret tenía la cara más larga que Helen recordaba haberle visto nunca. Llevaba el sombrero ligeramente torcido, como si ni siquiera hubiese tenido paciencia para arreglarlo al bajar del carruaje, y sostenía un ejemplar plegado del periódico en la mano enguantada.

—Dios mío, qué cara traes —murmuró Helen—. ¿Ha estallado la guerra otra vez?

—Peor —respondió Margaret, sin rodeos—. Ha estallado Londres.

La duquesa se dejó caer en el sofá frente a la chimenea, depositó el periódico en la mesita con un gesto brusco y se quitó los guantes a tirones. Helen no la había visto tan alterada ni siquiera cuando el pequeño Tommy decidió llegar al mundo con una semana de adelanto.

—Siéntate —añadió—. Debes leer esto.

Helen obedeció. El papel crujió bajo sus dedos cuando lo cogió. Reconoció la cabecera del Morning Chronicle y, justo debajo, la columna de noticias sociales que tantas damas devoraban con avidez a la hora del té.

El título, en letras más pequeñas, era de una malicia elegante que dolía solo de verla: *Un conde galopando hacia Escocia y un capitán despreciado.*

Se le encogió algo por dentro antes de que empezase a leer.

La columna no mencionaba nombres directamente. No lo necesitaba.

Hablaba de «cierta joven de belleza angelical, hija única de un conde de conocida respetabilidad», que había sido vista abandonando Londres en compañía de «un caballero de menor categoría, cuyo talento con los caballos parece haber conquistado más que el respeto de su señor». Añadía

que el carruaje de la dama había tomado la dirección hacia el norte «en un momento en que los caminos resultan tan poco transitables como la moral de algunos corazones juveniles».

Helen sintió cómo la sangre le golpeaba en las sienes.

Más abajo, el articulista se permitía una floritura especialmente cruel:

«Mientras el respetable progenitor partía al galope en persecución de la fugitiva, la sociedad entera se pregunta qué pensará el caballero en cuestión, un militar de prometedora posición que, según se rumorea, confiaba en resolver sus problemas con un compromiso ventajoso. ¿Será este el invierno en que un corazón valiente descubra que no todas las deserciones se producen en el campo de batalla?»

Helen levantó la vista del papel.

—¿Esto… es lo que creo que es?

Margaret asintió, con la boca apretada.

—La condesa de Wetherby aparecería en persona en la imprenta si se atreviesen a poner el nombre de su hija, pero cualquier persona que haya asistido a un solo baile este mes lo entenderá. Todo Londres sabrá a mediodía que hablan de lady Charlotte.

Helen volvió a mirar el periódico, como si confiara en que las letras se reordenarían para formar una historia completamente distinta.

Pero no lo hicieron.

—¿Estás segura de que no es solo…? —Buscó una palabra que no sonara tan ofensiva—. ¿Una exageración? Ya sabes cómo son estas columnas. Les basta con que un cochero estornude en la puerta de alguien para inventarse una fuga romántica.

—Me temo que esta vez no. —Margaret se inclinó hacia delante—. He pasado por casa de los Wetherby. Pensaba dejar una nota con buenos deseos para las fiestas. La condesa tenía los ojos hinchados de llorar y la mitad de los criados corrían de un lado a otro. El conde partió anoche mismo, en efecto, y nadie sabe nada de la joven ni del mozo de cuadras desde que desaparecieron.

Helen sintió que el suelo se le abría bajo los pies.

Lady Charlotte. La perfecta, dulce, angelical lady Charlotte… huyendo con el mozo de cuadras hacia Gretna Green.

La imagen se le impuso con una claridad absurda: la joven de rizos rubios subida a un carruaje oscuro, el muchacho de manos callosas sosteniendo las riendas, los caballos lanzados a toda velocidad por caminos embarrados mientras la nieve empezaba a cuajar en las cunetas.

Helen inspiró hondo.

—Gretna Green —repitió—. Por supuesto. ¿Dónde si no?

—La condesa no lo ha dicho, pero todas lo pensamos —admitió Margaret—. Y si ese diabólico periódico se atreve a insinuarlo, es que lo da por hecho.

Helen volvió a bajar la mirada hacia la columna. Esta vez, leyó la última frase con una claridad dolorosa.

«…aunque todavía no se ha visto al caballero despreciado, cuyas circunstancias y honor se verán, sin duda, puestos a prueba por esta escapada tan poco prudente…»

—Pocos saben algo del caballero despreciado —añadió Margaret con voz grave—. No ha aparecido por casa de los Wetherby tampoco. Como es lógico. Y, hasta donde yo sé, no ha llamado a nuestra puerta.

Helen se obligó a tragar saliva.

Julian.

Su gran amor… despreciado. ¡Qué horror!

La palabra le raspó por dentro como si fuese un puñado de cristales.

Durante un instante, sintió una oleada de satisfacción egoísta, íntima, que la avergonzó al punto de hacerla estremecer. Era una reacción absurda, casi cruel, pero estaba ahí: el compromiso que la había perseguido como una sombra ya no existía. Lady Charlotte se había eliminado ella sola del tablero.

La siguiente oleada, sin embargo, fue pura náusea.

Todo Londres se reiría. Las señoras más respetables fingirían compasión mientras devoraban el escándalo con los ojos brillantes. Los caballeros soltarían murmuraciones a media voz acerca «del capitán que no supo mantener a su dama». Los caricaturistas empezarían a afilar las plumas: un militar con la espada envainada y la novia huyendo en dirección contraria, el mozo de cuadras con la muchacha en brazos, un conde jadeando detrás… Helen ya se lo podía imaginar porque justo la Navidad pasada su propio hermano fue objeto de burlas.

—Ya deben estar haciendo pedazos su reputación —murmuró, más para sí que para Margaret.

La duquesa asintió despacio.

—No te equivocas. —Su mirada se deslizó hacia Helen con preocupación—. Es amigo de tu hermano y Edmund sufrirá mucho por él. Yo misma estoy inquieta y no sé lo que podría hacer para ayudarlo.

Helen cerró los dedos sobre el borde del periódico hasta que lo convirtió en bola arrugada.

—Esa muchacha lo ha humillado de la peor forma posible.

—Exacto. —Margaret se echó hacia atrás en el sofá—. Edmund ha ido a buscarlo para ver si pueden contener el escándalo de algún modo.

La hermana del duque se imaginó sin esfuerzo a Julian de pie junto a una ventana soportando con elegancia el temporal. Un hombre como él, que había vivido la crueldad de la guerra, no se merecía semejante trato.

Helen sintió que el estómago se le revolvía.

—¿Edmund ha ido a buscarlo? —preguntó porque creía que Margaret había dicho algo en ese sentido. Su mente no reaccionaba.

—Sí, pero tu hermano no sabrá darle ánimos. Ay, Helen, ya debe haber media ciudad comentando esa columna. Me siento impotente.

Helen miró las llamas de la chimenea.

Era cierto. El tiempo jugaba en contra de Julian. Cada minuto que dejase pasar sin una reacción convertiría el chisme en algo más y más jugoso. Un hombre podía sobrevivir a una novia fugitiva, pero no al ridículo prolongado.

Y él, de entre todos los hombres, no merecía eso.

Se vio de pronto en la terraza helada, la noche de aquel baile, escuchándolo decir que un militar no tenía derecho a sentir amor. Recordó la rigidez de su postura cuando admitió que no estaba enamorado de lady Charlotte. Recordó la forma en que la había mirado cuando ella confesó, sin decir su nombre, que amaba a un hombre imposible.

«Quiero que seas feliz», le había dicho él.

Pues bien, Julian estaba siendo destrozado en la sección más leída del periódico de Londres.

Helen se levantó.

Margaret la siguió con la mirada, alarmada.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué harías, Margaret, si fuese Edmund el que estuviese a punto de vivir un infierno del que no es responsable?

La duquesa afirmó con la cabeza.

—Bien. Te lo preguntaré una vez más y me dirás la verdad. ¿Qué vas a hacer, Helen?

—Haré lo que debería haber hecho hace años —respondió Helen, con una calma que la sorprendió a sí misma porque necesitaba que la esposa de su hermano comprendiese las acciones que iba a emprender—. Dejaré de mirar desde el borde del salón y lucharé por lo que debería ser mío.

A continuación se dirigió hacia la puerta.

—Helen…

—Él no puede presentarse en casa de los Wetherby a exigir explicaciones. —Se volvió hacia Margaret—. No sin empeorar las cosas. Tampoco puede esconderse y permitir que la ciudad entera lo compadezca. Necesita una salida honrosa, Margaret. Una que cierre todas las bocas antes de que terminen de abrirse.

Los ojos de la duquesa se entrecerraron.

—Solo… ten cuidado, querida. Lo último que quisiera es que sufrieses —le dijo con el corazón en la mano.

—Eso intento precisamente —contestó Helen—. Decidir por mí misma.

Salió de la salita y Margaret, bendita fuese, no trató de detenerla.

Subió a su habitación con paso rápido. Su doncella la siguió, desconcertada, mientras ella abría el armario y escogía uno de sus mejores

vestidos de mañana. La peinaron con rapidez pero con gran esmero, se colocó un sombrero sencillo y se ajustó los guantes con cierta dificultad porque estaba temblando.

No pidió el gran carruaje ducal, con los escudos bien visibles en las puertas. Ordenó que preparasen un coche más discreto, el de uso diario, sin toda la librea. Además de que ese no llamaría tanto la atención en unas calles donde la mitad de los grandes lores ya se habían marchado al campo con motivo de las fiestas, su hermano se habría llevado el otro. Fue una decisión fácil y lógica. El resto no lo sería.

Cuando bajó al vestíbulo, Margaret estaba esperándola al pie de la escalera.

—¿De verdad vas a hacerlo? —preguntó en voz baja.

Helen le sostuvo la mirada.

—Julian Redford ha sido humillado públicamente por una mujer que ha preferido a un mozo de cuadras. —Su voz sonó más firme de lo que creyó—. No pienso quedarme sentada viendo cómo se convierte en la comidilla de todas las sobremesas de Navidad. Si la ciudad quiere un escándalo, le ofreceré uno que pueda controlar.

Margaret respiró hondo.

—Bien. Te apoyaré, Helen. Incluso cuando tu hermano ponga el grito en el cielo.

—¿Sabes lo que pretendo hacer? —inquirió Helen.

La duquesa cerró los ojos un segundo y luego asintió.

—Antes, cuando me has preguntado lo que haría yo si fuese Edmund… —La duquesa suspiró con fuerza y cierta resignación—. Sí, Helen, creo que sé exactamente lo que vas a hacer. Ve, entonces. Y, por el amor de Dios, no aceptes nada que te haga infeliz.

Helen esbozó una sonrisa torcida.

—Llego tarde para eso, pero no tendré una ocasión mejor. Tienes que comprender que este es mi regalo de Navidad… ¡Oh, cielos! Sé que eso ha sido completamente egoísta. Lo siento, lo que pretendía decir es que lo había dado todo por perdido y…

—Sé lo que esto supone para ti —la tranquilizó la duquesa—. Vete y asegúrate de no coincidir con tu hermano o Edmund dará al traste con tus planes.

Ella afirmó con la cabeza y le hizo caso.

El aire de la calle estaba húmedo y tan frío que se le clavó en los pulmones al primer aliento. Londres se extendía delante de ella, gris y silencioso, con alguna columna de humo elevándose entre los tejados y el rumor lejano de cascos sobre el pavés.

El cochero abrió la portezuela.

Helen subió al coche y se acomodó en el asiento.

Cuando el vehículo empezó a moverse, apoyó la frente en el cristal, miraba las fachadas que desfilaban al lado derecho. Sentía el corazón desbocado otra vez, pero no tenía intención de frenarlo.

Iba a ver al capitán Julian Redford. Iba a mirarlo a los ojos y a proponerle un trato que, si él tenía algo de sentido común, no podría rechazar.

Capítulo 4

Las consecuencias de las acciones

Había calculado cada minuto.

Helen bajó del carruaje en la esquina de Brook Street, despidió al cochero con una sonrisa firme y se quedó sola en la acera. El frío no le hizo mella, pues su mente estaba ideando el plan. Sabía que Edmund seguiría dentro y Helen conocía lo bastante bien al duque de Aylesford como para imaginar cuánto se alargaría esa visita.

Esperó.

Los carruajes que pasaban levantaban salpicaduras oscuras en la nieve medio derretida. El humo de las chimeneas se mezclaba con la niebla, y un perro callejero la miró, desconfiado, antes de perderse por un callejón. Cuando por fin vio salir a Edmund de la casa de soltero de Julian, reconoció la rigidez de sus hombros bajo la capa. Su hermano

intercambió unas palabras breves con alguien en el interior, cerró la puerta y se marchó sin mirar alrededor.

Helen no respiró con libertad hasta que el carruaje ducal dobló la esquina.

Entonces, y solo entonces, subió los escalones de la entrada y llamó.

El criado que abrió la puerta la miró con una especie de sorpresa respetuosa. No era habitual que la hermana de un duque llegase sin una escolta ostentosa y menos se presentase en la vivienda de un soltero, pero el hombre tenía oficio suficiente como para no mostrar más reacción que una inclinación de cabeza.

Pocos minutos después, Helen se encontraba en el despacho de Julian.

Era una estancia amplia, con estanterías oscuras, un gran escritorio cubierto de papeles y mapas y una chimenea que ardía con más celo del necesario. Cuando lo vio, comprobó que el aire de soldado no lo abandonaba ni cuando vestía ropa de diario ni cuando sus circunstancias se tornaban complejas.

Julian parecía entero.

Por supuesto que sí, pensó ella. Había sobrevivido a la guerra. Un escándalo social, por malicioso que fuese, no iba a desestabilizarlo.

Se volvió hacia ella cuando el criado cerró la puerta con discreción. Había una sombra nueva en sus ojos, pero su voz se mantuvo serena.

—Me sorprende verte aquí. Supongo que ya has leído el periódico.

—Sería el colmo de la distracción no haberlo hecho —replicó ella, adelantándose hasta situarse casi en el centro del despacho.

Él dejó escapar un suspiro.

—Puedes ahorrarte las condolencias. No me han matado en el campo de batalla; tampoco lo hará una columnita venenosa. Ya se lo he dicho a tu hermano.

—No he venido a darte el pésame, Julian.

Alzó la mirada. Los ojos verdes de Helen se clavaron en él con una determinación que no reconoció.

—Entonces… —Se cruzó de brazos al tiempo que se apoyaba en el borde del escritorio—. ¿A qué debo el honor?

Helen inspiró despacio. No tenía sentido andarse con rodeos. Cada segundo que perdía era otro cuchicheo más circulando por Londres.

—He venido para que te cases conmigo.

El silencio que siguió fue tan denso que pudo oír el chasquido de una brasa en la chimenea.

Julian la miró como si hubiese hablado en un idioma que no conocía.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente. —Se obligó a mantener la voz firme—. Quiero que te cases conmigo. Con una licencia especial, cuanto antes, antes de que la ciudad se aburra de hablar de la fuga de lady Charlotte y decida concentrarse en tu humillación.

Él se enderezó, despacio, como si temiera que un movimiento brusco pudiese hacerla estallar.

—Helen, esto es absurdo.

—Lo que es absurdo —lo cortó ella— es dejar que te conviertan en el chiste de la temporada. Tú lo has dicho: no te han matado en el campo de batalla. No voy a permitir que lo intente un columnista anónimo armado con un tintero.

Julian la observó con atención. En su rostro se mezclaban desconcierto, irritación y algo que se parecía sospechosamente a alarma.

—Estás alterada —concluyó—. Comprensible, supongo. Eres una querida amiga y de algún modo la noticia…

—No te atrevas a dudar de mi propia determinación. Sé bien lo que estoy haciendo. Te ofrezco un trato que conmigo será más ventajoso. Soy la hermana de un duque, hija de otro. Mi dote es más sustanciosa que la de tu anterior prometida.

Él apretó la mandíbula.

—No puedes hablar de esas cosas, Helen. Menos ofrecer lo que acabas de decir.

—Puedo y lo he hecho. Recodarás cuánta determinación soy capaz de almacenar. Estoy aquí y pretendo salirme con la mía, Julian. Cuanto antes lo aceptes, antes podremos centrarnos en lo importante.

—Sea como sea, no voy a casarme contigo por piedad ni por pánico.

—No te propongo ninguna de las dos cosas. —Helen dio un paso hacia él—. Te propongo un trato razonable para los dos. Tú necesitas una esposa que salve tu reputación y te ayude a rehacer tu vida. Yo… —se obligó a tragar— yo necesito dejar de ser la solterona de veintitrés años que vive en casa de su hermano sin otro destino que bordar pañitos para el vicario.

La palabra solterona sonó más cruda en su propia voz que en la de cualquier matrona.

Julian negó con la cabeza.

—Has perdido el juicio. Hace poco hablábamos de ese hombre imposible del que estás enamorada, y hoy vienes a ofrecerte para un matrimonio de conveniencia. No, Helen. No voy a permitir que sacrifiques tus sentimientos por sacar a un viejo soldado de un apuro.

Ella se echó a reír, un sonido breve y sin alegría.

—Viejo no eres, para empezar. Tienes treinta y un años como Edmund. Y, en cuanto a mis sentimientos… —alzó los hombros—, tengo superado a ese antiguo amor —mintió porque confesarle la verdad sería humillante—. No veo por qué no podemos aprovechar los dos esta ocasión.

—Eso no tiene ningún sentido. —Se separó del escritorio y empezó a pasearse frente a la chimenea, como si necesitase moverse para ordenar sus ideas—. Estás enamorada de otro. Me lo dijiste con todas las letras. Te conozco, no eres tan inconstante en tus afectos.

—Es un hombre al que jamás podré tener. —Sabía que acabaría en el infierno por mentir tanto—. Es hora de que siga adelante.

—No. Eso, precisamente, es lo que te incapacita para ofrecerte así. Tu corazón le pertenece a otro.

Helen sintió una punzada en el pecho, pero no bajó la vista.

—Mi corazón pertenece a un fantasma, Julian. A una posibilidad que nunca ha existido y que no va a aparecer ahora solo porque yo me empeñe. En cambio, mi mano sí puedo decidir a quién entregársela. Y, francamente, no se me ocurre mejor modo de pasar el resto de mi vida que junto a un buen amigo a quien respeto, con quien puedo hablar y que no me aburre. Creo que lo haremos bien juntos.

Él se detuvo.

—No puedes decir eso en serio.

—Lo digo completamente en serio. —Lo miró con una franqueza que casi dolía—. Tú necesitas una esposa. Yo necesito un marido que no me haga sentir que estoy atrapada. Nos conocemos desde siempre, sabemos los defectos del otro, sabemos que podemos soportarnos. ¿Qué más se puede esperar de un matrimonio arreglado?

Julian la observó durante un largo instante. Tenía el ceño fruncido, como si intentase descifrar si aquello era una broma de mal gusto o el resultado de una fiebre repentina. La hermana de Edmund le acababa de ofrecer matrimonio. ¡Qué locura!

—Pedir amor, por ejemplo —murmuró al fin.

Helen se obligó a sonreír.

—Tú mismo me dijiste en la terraza que el amor solo complica las cosas. Que te vuelve descuidado y que un militar no puede permitírselo. ¿Vas a desdecirte ahora?

Un músculo le tembló en la mandíbula.

—No tergiverses mis palabras.

—Solo las tomo al pie de la letra. —Alzó la barbilla—. Tú no quieres amor. Yo ya he cometido la estupidez de enamorarme de quien no debía. Perfecto. Limitemos el daño. Démosle a la sociedad lo que espera: un compromiso respetable, una boda decorosa, la hija de un duque satisfecha y un futuro conde aliviado. A ti te librará de las risas. A mí, de las miradas de lástima.

Sacudió la cabeza, incrédulo.

—No puedo creer que estés proponiéndome esto.

—Lo estoy haciendo.

—Helen, eres la hermana de mi mejor amigo.

—Lo sé bien. —Su paciencia empezaba a resquebrajarse—. Pero también soy una mujer que piensa. Y he pensado mucho antes de venir a verte. ¿Qué crees que será de mí cuando Edmund decida que es hora de organizarme un matrimonio sensato? ¿Cuándo Northbridge vuelva a presentarse con su

corbata perfecta y mi hermano decida que ya ha tenido bastante de mis caprichos? Prefiero adelantarme y elegir mi propia vida. Además, no tengo muchos pretendientes… creo que soy una desgracia —se lamentó.

Hubo un breve silencio.

Julian apoyó una mano en el respaldo de la silla. Sus dedos se cerraron sobre la tela con fuerza.

—No eres una desgracia —dijo en voz baja.

Las palabras le arrancaron a Helen un calambre de emoción, pero no se permitió ceder.

—Entonces deja de tratarme como si lo fuese y escucha lo que te propongo. Una licencia especial, un matrimonio rápido y discreto antes de que el Morning Chronicle tenga tiempo de dibujarte con orejas de burro. Mi hermano es duque, puede arreglarlo en cuestión de días. Y, una vez casados, podremos… negociar nuestras propias condiciones. No te estoy pidiendo que renuncies a nada que no hayas decidido ya dejar atrás.

Él la miró como si hubiese pronunciado una blasfemia.

—¿Cómo piensas mirarte al espejo, sabiendo que compartes tu vida con un hombre al que no amas?

Helen tragó saliva con suma dificultad.

—Del mismo modo que lo haría junto a uno al que amase y que no me correspondiese. Con la diferencia de que contigo, al menos, podría reírme a la hora del desayuno. Eso sí, Julian. Quiero que ambos cumplamos nuestros votos. No te pediré amor, pero sí fidelidad. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, por supuesto que no lo tendría. Mi honor no me permitiría serte desleal.

—Supongo que tenemos un acuerdo —trató de zanjar la dama.

Él cerró los ojos un instante.

—No puedo. —La frase salió casi en un susurro—. No puedo hacerlo.

Algo en el pecho de Helen se encogió.

La respuesta no la sorprendía, pero dolía igual.

Durante un momento, pensó que ahí terminaría todo. Podría fingir que había hablado presa de un impulso temerario, salir del despacho con la cabeza alta, dejar que el escándalo siguiese su curso. Sería lo más sensato.

En lugar de eso, escuchó salir de sus propios labios una pregunta que llevaba años temiendo.

—¿Es porque no me encuentras bonita?

Julian abrió los ojos de golpe.

—¿Qué?

—Tu negativa. —Se obligó a sostener su mirada, aunque sentía las mejillas en llamas—. ¿Es por eso? ¿Porque soy muy alta, tengo anchas las caderas y un hoyuelo impertinente? ¿Porque mis ojos te parecen vulgares o porque piensas que nadie me miraría dos veces si no llevase el apellido de un duque?

Su voz se quebró al final de la frase, pero no apartó la vista.

Él dio un paso hacia ella, como si una fuerza lo arrastrase.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué no? Es lo que piensa media sociedad. Agraciada, dicen. Qué palabra tan amable para lo que solo es suficiente y no sobresaliente. Tal vez no quieras que tus descendientes tengan la cara de una mujer que es solo agraciada.

—Helen…

—Solo necesito saberlo —insistió—. Si tu negativa tiene que ver con que no te gusta mi aspecto, prefiero oírlo de tu boca que seguir inventando excusas en mi cabeza.

Durante un instante, Julian pareció debatirse entre la urgencia de sacudirla y la de abrazarla.

Al final, hizo algo más difícil. Hablar sin subterfugios.

—Hace apenas unos días te dije que posees todas las cualidades que una dama debería tener. ¿Crees que mentía?

Ella parpadeó.

—Todo el mundo sabe que eres un caballero. Pudieron ser las palabras de un hombre que no deseaba hacer sentir mal a una vieja amiga.

—Cuando lo dije, me refería a todo. —Su mirada se deslizó, casi contra su voluntad, por su figura—. A tu inteligencia, sí. A tu carácter, a tu sentido del humor. Pero también a tus ojos, que no dejan que nadie se esconda. A ese maldito hoyuelo que te aparece cuando sonríes y que vuelve loco a cualquier hombre. A lo bien que te sienta el color verde en la ropa. A la forma en que entras en una estancia y consigues que cualquier conversación mejore solo porque has decidido sumarte a ella. No, Helen. No hablé como un caballero. Hablé como un hombre que sabe apreciar lo que vale verdaderamente una mujer.

Helen sintió que algo se deshacía en su interior, lento, peligroso. ¿Y si se echaba a sus brazos y le confesaba cuánto lo amaba? ¡Qué absurdo! Negó

semejante impulso de inmediato y se obligó a parecer indiferente a sus cumplidos.

—Entonces… —La voz le salió casi en un susurro—. ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

Julian cerró los puños a los lados del cuerpo.

—Porque precisamente por eso no puedo aceptarlo. —Sus palabras salieron ásperas—. Si fueses solo una amiga a la que apenas aprecio, quizá podría considerar este disparate escalofriante de casarme para salvar mi reputación. Pero eres tú. Y tú mereces algo más que ser la solución práctica de un soldado arrinconado.

—¿Algo más que un hombre que me respeta y me aprecia? —preguntó ella—. ¿Algo más que un hogar compartido con alguien que ya conoce mis manías? ¿Algo más que la posibilidad de construir una vida sin mentiras?

—Mereces amor —reiteró él.

—¿Y tú no?

La pregunta quedó suspendida entre ellos.

Él la miró con una expresión obstinada y herida que ella no supo interpretar.

—Te dije que no quiero amor —respondió—. Y sigo creyéndolo. No puedo permitir que se convierta en mi debilidad.

Helen dio un paso más, hasta quedar tan cerca de él que percibió el olor del jabón que habría utilizado esa mañana para bañarse.

—Bien pues, Julian. Deja que tu debilidad sea tu orgullo. —Su voz se mantuvo suave, pero cada palabra era muy afilada—. Rechaza mi oferta. Permite que Londres te compadezca, que se ría a tu costa, que convierta tu nombre en una broma. Sigue siendo ese héroe intocable que jamás se permite sentir… y mira cómo te desangran con cada chisme. De mí se reirán poco después. La hermana de un duque a la que obligarán a casarse porque no tiene prácticamente ningún pretendiente. Casarnos es nuestra mejor opción.

Él no se apartó.

—No es solo mi nombre el que se pondrá en entredicho si lo hacemos —recordó—. El tuyo también. El de tu hermano. ¿Crees que Aylesford aplaudirá esta locura?

—Aylesford preferirá enfrentarse a un escándalo que pueda controlar antes que ver cómo su mejor amigo se convierte en motivo de burla. Y, si no lo entiende al principio, se lo explicaré. —Alzó la barbilla, desafiante—. No necesito tu condescendencia, Julian. Te estoy ofreciendo una alianza. Tú ganas un escudo contra la humillación. Yo

gano libertad bajo un apellido que no me asfixiará. Si te parece poco, dímelo a la cara.

Su respiración chocaba con la de él en el reducido espacio que los separaba. La tensión se estiró entre ambos como una cuerda que amenazaba con romperse al mínimo movimiento.

Los ojos oscuros de Julian bajaron, solo un instante, hacia sus jugosos labios. Helen lo percibió como si la hubiesen tocado.

Él volvió a alzar la vista, con evidente esfuerzo.

—No te mereces menos que una respuesta honesta —dijo al fin—. Y la verdad es que no sé qué me asusta más, si casarme contigo… o admitir que no me asusta tanto como debería.

Y entonces la besó.

Capítulo 5

La locura navideña

Julian permaneció en el despacho mucho después de que Helen se marchara, sin atreverse a moverse del sitio donde la había tenido entre los brazos.

La habitación seguía siendo la misma: las paredes forradas de libros, el mapa de Europa clavado con chinchetas y la chimenea encendida. Nada había cambiado… salvo el hecho minúsculo y devastador de que él acababa de besar a la hermana pequeña de su mejor amigo.

¡La había besado!

Se llevó una mano a la boca, casi con incredulidad, como si aún esperase encontrar allí el rastro de sus labios.

No había sido un beso accidental, de esos que podían achacarse a un tropiezo torpe o a un impulso mal medido. No la había rozado por error ni se había equivocado de dirección. La había sujetado por los brazos, había visto el brillo desafiante y herido en sus ojos verdes, había escuchado cómo su voz lo provocaba una vez más… y, de pronto, todas las palabras se habían vuelto inútiles.

El recuerdo lo golpeó con una claridad insoportable.

Helen lo miraba desde muy cerca, con la barbilla alzada, las mejillas encendidas por la emoción y la rabia. Había dicho algo acerca de ser una desgracia, de preferirlo a él antes que a un caballero insoportable. Él había intentado responder con sensatez. Había hablado de amor, de honor, de lo que merecía una dama.

Y entonces ella había preguntado, con aquella franqueza brutal que siempre lo desarmaba, si su negativa se debía a que no la encontraba bonita.

Bonita.

La palabra había despertado en su interior una oleada tan antigua como incómoda.

Había querido negarlo todo. Decir que no, que por supuesto que no, que ella era solo la pequeña Helen, que jamás la había mirado de ese modo. Había querido mantenerse en la orilla segura de la amistad… y, justo en ese intento, se había

descubierto al borde de un precipicio en el que llevaba años evitando mirar.

Recordaba el detalle exacto que lo empujó: los ojos de ella, brillantes, no solo por el enfado, sino por una inseguridad que no merecía en absoluto. Helen, con su figura alta, con esas caderas que la moda consideraba excesivas y que a él le habían parecido siempre el colmo de la feminidad; Helen, con el cabello rebelde, con el hoyuelo que aparecía cuando sonreía de verdad… dudaba de su atractivo.

Lo había escuchado de sus propios labios. Y algo se había roto dentro de Julian.

No recordaba haber tomado una decisión consciente. Solo supo que, un segundo antes, discutían, y un segundo después de ese tenía la boca sobre la de ella.

El primer contacto había sido casi violento. No con ella, sino consigo mismo. Durante años se había repetido que no debía tocarla, que no debía pensar en ella de ese modo, que no tenía derecho. Pero sus manos la encontraron con una facilidad que lo aturdió. La sujetó por la cintura, y la acercó hasta sentir el calor de su cuerpo contra el suyo, notó cómo el latido de ambos se desajustaba.

Esperó a que ella se apartara. Que lo abofetease. Que lo llamase bestia, insensato, cualquier cosa.

No.

Helen, en cambio, se había quedado inmóvil solo el tiempo justo para sorprenderse.

Después, lo besó.

No había otra forma de describirlo. No se limitó a dejarse besar por cortesía. Respondió. Alzó los brazos, se aferró a la solapa de su chaqueta como si le faltase el equilibrio y entreabrió los labios con una confianza devastadora. Él sintió cómo el mundo se reducía a ese gesto, a ese pequeño suspiro que ella dejó escapar cuando el beso se hizo más profundo.

Había besado mujeres antes. No muchas, y nunca con la ligereza de ciertos oficiales que coleccionaban amantes como condecoraciones, pero las suficientes como para saber distinguir lo que implicaba un beso. Ninguno de esos besos se parecía a aquel.

El beso compartido con Helen había sido… extraordinario.

Tal vez porque se había pasado media vida imaginándolo sin permitirse reconocerlo. Tal vez porque Helen sabía discutir con la misma intensidad con la que, al parecer, sabía entregarse. Tal vez porque no había nada de prudente ni de medido en ese roce de sus bocas. Ese beso era la culminación de años de palabras retenidas, de miradas apartadas con disciplina, de límites trazados con regla y escuadra.

Cuando se separó de ella, lo hizo porque necesitaba aire. Porque, si no, estaba seguro de que habría seguido hasta olvidar por completo cómo se llamaba, quién era y qué demonios hacía en un despacho londinense con la hija del anterior Aylesford entre los brazos.

Ella se había tocado los labios con los dedos, muy despacio, como si comprobara que seguían en su sitio. Lo miró, con los ojos llenos de deseo. Ni rastro de aquella pequeña Helen. Solo una mujer aturdida por un beso que no esperaban ninguno de los dos.

Luego, con una dignidad que lo dejó clavado en el lugar, anunció que esperaba que se ocupase de su hermano y le transmitiese la noticia de sus próximas nupcias.

En esos momentos, de pie junto al escritorio, Julian trataba de recuperar el aliento.

La había besado. Ella le había respondido. Y, por si aquello no bastase para condenarlo, iba a arrastrarla a su drama social.

Se dejó caer en la silla, como si las piernas se hubiesen olvidado de cómo sostenerlo. Apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos al rostro.

Lady Helen Hawthorne le había pedido matrimonio.

La escena se le repetía una y otra vez en la cabeza, como una pesadilla que en realidad se parecía demasiado a un sueño largamente anhelado.

La había escuchado decirlo, con su voz más clara. Le había ofrecido matrimonio como quien presentaba un trato sensato, un acuerdo entre adultos. Nada de romanticismos, nada de susurros junto al piano, nada de promesas sentimentales. Una licencia especial, una boda rápida y una salida honrosa para ambos. Mentira. No sería honrosa para los dos. Él ya estaba muy perjudicado debido a la huida de lady Charlotte mientras que ella no tenía ni una sola mancha en su reputación.

Para cualquier otro hombre, habría sido una propuesta práctica, tentadora y poco más.

Para él había sido, por unos segundos, una condena directa al infierno y un milagro navideño. Las dos caras de una misma moneda.

La quería. La había querido desde mucho antes de tener el valor de ponerle nombre a aquello. Y la deseaba desde el día exacto en que la vio entrar en un salón convertida en una dama.

Lo recordó con nitidez.

Hasta entonces, Helen había sido la chiquilla que lo seguía por los jardines de la casa solariega con las medias llenas de barro, la que le lanzaba manzanas desde las ramas de los árboles, la que se reía cuando él fingía caer derrotado en una batalla imaginaria. Había ido creciendo a su alrededor

como algo natural, como el cambio de las estaciones: imperceptible hasta que, de pronto, las hojas se volvían doradas.

El día de su presentación en sociedad, Julian había entrado en la sala dispuesto a cumplir con su papel de amigo de la familia. Debía felicitar al duque y ofrecerle un comentario amable sobre lo rápido que crecían las hermanas menores. Así lo hizo.

Después la vio.

Llevaba un vestido blanco sencillo, con un ribete discreto en verde pálido. El cabello castaño, más oscuro que el de muchas damas de moda, estaba recogido en un moño alto del que escapaban algunos rizos que parecían decididos a desobedecer a todas las horquillas del mundo. Sus ojos verdes estaban muy abiertos, entre emocionados y aterrados, y el hoyuelo de la mejilla se insinuaba cada vez que alguien la felicitaba.

No era una belleza fría ni impecable. No parecía una figura de porcelana sacada de un escaparate. Estaba… viva. Vibrante. Tenía la estatura de una reina, las curvas de una mujer que no se desmayaría si el aire cambiaba de golpe y una presencia que atraía la mirada incluso cuando otra debutante, más rubia y más recargada, intentaba acaparar la atención.

Julian sintió en el pecho una sacudida que nada tenía que ver con el orgullo fraternal.

Había sido como recibir un disparo a bocajarro sin ver el arma.

En aquel momento, supo que tenía que erradicar todo pensamiento relacionado con Helen. ¿Por qué? Porque no la merecía.

Él era un simple capitán, un segundón sin fortuna ni expectativas, un Redford cualquiera con una comisión comprada en el mejor regimiento que había podido permitirse con la ayuda del duque. Ella era la hermana de su mejor amigo, criada entre algodones, destinada a un matrimonio que consolidase alianzas, tierras y títulos. No podía hacerle eso a ella ni a sí mismo. No violaría la confianza de su mejor amigo con tal traición.

Se iría a la guerra. Ella debía quedarse en los salones londinenses, sonriendo a los lores con grandes patrimonios.

No. No podía permitirse desearla.

Así que hizo lo único que se debía hacer en esos casos: enterró el deseo bajo capas de disciplina. Se refugió en el uniforme, en el deber, en la cómoda excusa de que un militar no era, jamás, un buen partido para la hermana de un duque. Se convirtió en el amigo fiel, en el invitado correcto, en el hombre que la sacaba a bailar una vez por compromiso antes de cederla a candidatos más adecuados.

Y, mientras tanto, cada vez que la veía reír, cada vez que ella lo miraba con esa mezcla de

confianza y desafío, el disparo se repetía.

En sus años más oscuros, donde imperaban las órdenes, la pólvora, las noches en vela o las decisiones imposibles, Helen se convirtió en un recuerdo difuso, un rostro que aparecía en mitad de las pesadillas como un atisbo de hogar. Cuando regresó a Londres con más cicatrices que equipaje, ya no era solo un capitán sin fortuna.

El destino, con su habitual sentido del humor retorcido, lo había colgado de la rama más frágil de un árbol ancestral. Un viejo conde sin descendencia lo había señalado como su último heredero. De la noche a la mañana, Julian Redford empezó a ser el candidato a un título antiguo con una ruina más antigua todavía pegada al escudo de armas.

Entonces la idea de casarse dejó de ser una posibilidad romántica y se convirtió en una obligación fría.

Se dejó aconsejar. Escuchó a Edmund, escuchó a Margaret, escuchó a los hombres del Ministerio que le hablaban de estabilidad, de alianzas, de capital. Todo apuntaba a lo mismo: necesitaba una esposa rica, dócil y adecuada. Alguien que aportase dinero y tranquilidad, no complicaciones.

Y se encontró con lady Charlotte.

Charlotte era todo lo que los demás consideraban ideal: dulce, recatada, de buena familia, con una dote capaz de reparar tejados, comprar

tierras y pagar deudas. Tenía la risa discreta de una joven que nunca había oído un comentario fuera de lugar, tocaba el piano con una corrección irreprochable y no le hacía preguntas incómodas sobre la guerra.

Julian la cortejó con la conciencia tranquila. No estaba enamorado, pero ¿acaso necesitaba estarlo? Un militar que ya había visto demasiada sangre podía conformarse con estabilidad. Con respeto mutuo. Con una casa cálida y una esposa correcta.

Y, justo cuando empezaba a creerse esa historia… la columna del periódico había estallado como un cañonazo en mitad del desayuno.

Lady Charlotte, la impecable, la correcta, la angelical, se había marchado con el mozo de cuadras hacia Gretna Green. Su padre había salido en su persecución. Londres se reía.

Él debería haberse sentido devastado. Humillado. Arrasado.

Había sentido rabia, sí. Orgullo herido. El pinchazo inevitable del ridículo. Pero no un corazón roto.

Lo peor de todo fue comprenderlo al instante.

Y después, cuando aún estaba intentando digerirlo, había entrado Helen. Con la

cabeza alta, con la mirada firme y con una propuesta tan descabellada como tentadora.

La hermana de Aylesford. La niña que trepaba a los árboles. La debutante que lo dejó sin aliento. La mujer que le había confesado, en una terraza helada, que amaba a otro hombre con quien no tenía opciones.

Esa misma mujer le ofrecía matrimonio.

Era el tipo de milagro navideño en el que no creía, y aun así se encontró deseándolo con una fuerza que lo dejó sin habla.

Estaba hecho. Por más que intentase negarlo, la decisión ya se había asentado en algún lugar de su ser. Iba a casarse con ella.

Lo supo en el momento exacto en que la besó. No fue solo deseo, ni impulso, ni el intento desesperado de callarla. Fue la aceptación brutal de que no podría soportar verla convertirse en la esposa de otro. De que prefería mil veces enfrentar el infierno de un matrimonio con una mujer enamorada de un fantasma que verla sonreír en el brazo de un vizconde presuntuoso.

Y ahí residía la humillación.

Porque ella seguía enamorada de otro. Se lo había dicho, y se lo había repetido. Se consideraba una solterona resignada a amar a un hombre que jamás podría tener.

Casarse con él significaba que no lo haría por amor. Lo haría por respeto y por amistad. Por salvarlo de la burla. Y según le había dicho, por asegurarse un futuro aceptable. Dudaba que eso último fuese cierto.

Julian apretó los dientes.

¿Qué clase de hombre aceptaba semejante sacrificio? ¿Qué clase de orgullo le permitiría convertirse en el beneficiario de un corazón que latía por otro?

Aun así, cuando se imaginó diciéndole que no, la idea le resultó intolerable.

Prefería la humillación de saber que no era el dueño de esos sentimientos a la de renunciar a ella por completo.

Se llevó una mano al pecho. El tirón que había sentido en la terraza, cuando Helen habló de su amor imposible, volvió a hacerse presente. Aquella punzada seca, incómoda, había dejado de ser una simple indigestión. Tenía un nombre mucho más peligroso.

Llevaba años sin permitirse pensar en ella como una mujer deseable. Desde aquella presentación. Desde que comprendió que un militar sin fortuna no era un buen partido para la hermana de un duque. Desde que se prometió a sí mismo que no pondría a Edmund en la tesitura de elegir entre su amigo y la reputación de su familia.

Y, sin embargo, cada vez que la veía, el juramento se agrietaba un poco más.

Hablar con Edmund sobre el paso que iba a dar iba a ser… complejo era decir poco.

El duque de Aylesford no era un hombre tonto. Había acudido esa misma mañana para hablar del escándalo, para ofrecerle apoyo, para discutir posibles salidas. No había mencionado, ni una sola vez, la idea de darle a su hermana a modo de alivio.

¡Por supuesto que no!

¡Qué disparate se le acababa de ocurrir!

Julian lo conocía. Sabía que Edmund valoraba su amistad, pero también sabía que protegía a Helen con celo. En la mente del duque, su hermana pequeña seguía siendo un tesoro. Entregarla en matrimonio a cualquiera supondría una negociación cuidada. Entregársela al amigo que acababa de perder a su prometida fugada con un mozo de cuadras… eso requeriría mucha fe.

¿Cómo demonios se planteaba la cuestión?

—Aylesford, tu hermana ha venido a proponerme matrimonio para salvar mi reputación y yo, después de besarla como un condenado, he decidido aceptar —dijo en alto para ver cómo sonaba la verdad.

¡Horrible! No podría contarle eso.

Tendría que encontrar otra forma. Más fría. Más razonable. Hablaría de la conveniencia de unir sus familias aún más, de la necesidad de proteger a Helen de pretendientes necios, de la tranquilidad de que ella se casase con un hombre al que el duque ya conocía y en quien confiaba.

Se le revolvió el estómago ante la idea de adornar con argumentos prácticos lo que, en el fondo, era un acto de puro egoísmo.

Porque, por mucho que envolviese la situación en papel de honor, lo cierto era que no quería renunciar a Helen. No quería ver cómo se le escapaba entre los dedos de las manos. No quería quedarse mirando desde el borde de la pista mientras otro hombre la guiaba por el salón ni una sola maldita vez más.

La había probado y un solo beso no le bastaría. Si no se casaba con ella se convertiría en un depravado, pues no encontraría la disciplina suficiente para mantenerse lejos después de ese primer contacto. Se conocía bien y lo sabía.

Quizá el destino había decidido que un capitán arrinconado merecía, por una vez, un regalo de Navidad.

Una esposa que lo haría reír durante desayuno y le daría mucho placer en la cama. Una casa donde la oscuridad de sus recuerdos tendría, al menos, una luz verde mirándolo sin miedo. Un

matrimonio nacido del caos que, contra toda lógica, podía convertirse en el único orden posible para él.

Julian dejó caer las manos sobre el escritorio y alzó la vista hacia el mapa de Europa.

Había sobrevivido a batallas, tormentas y decisiones que eran más peligrosas que su espada. Había firmado partes de defunción, había visto a hombres morir por órdenes suyas. Nada de eso lo había preparado para la idea de enfrentar a un duque cuya hermana era otro de sus mayores tesoros.

Ni para despertar cada mañana al lado de la mujer que amaba… sabiendo que ella, al menos al principio, soñaría con otro. Oh, sí. La conquistaría aunque tuviese que emplearse a fondo. Si iba a ser su esposa lo sería en cuerpo y alma.

Respiró hondo.

Había participado en guerras más desiguales, se dijo. Y las había luchado igualmente para salir con vida.

Se puso en pie. En algún momento, tendría que volver a ponerse el uniforme de gala, sostener la mirada de Edmund, escuchar las exclamaciones de Margaret y enfrentarse a la opinión de Londres. Mejor pronto que tarde. Iría al día siguiente a verlo porque prefería disfrutar un poco más del recuerdo de Helen derritiéndose en sus brazos.

Así que, en el silencio del despacho, se permitió un lujo que no se concedía desde hacía años. Julian cerró los ojos y recordó, sin frenos, la sensación plena de los labios de Helen pegados a los suyos y el sabor a té con un poco de limón de su lengua.

Estaba hecho. Se casaría con ella. Si aquel era el precio de la humillación, estaba dispuesto a pagarlo de inmediato.

***

El duque de Aylesford no había tenido una buena mañana, y la montaña de papeles sobre su escritorio no ayudaría tampoco a mejorarla.

El despacho olía a tinta, a humo de chimenea y a ese cansancio particular que dejan los problemas que no podían resolverse con dinero ni con influencia. El Morning Chronicle yacía hecho una bola en una esquina de la mesa, como si alguien lo hubiese aplastado con demasiada fuerza. Había sido él.

Cuando el mayordomo anunció al capitán Redford, Edmund levantó la vista de inmediato.

—Pasa —dijo—. ¿Cómo estás hoy, amigo mío?

Julian entró con calma. Había decidido que no iba a dar rodeos, aunque el estómago se le encogiese por completo.

—Estoy bien, aunque no te lo creas.

El duque señaló una silla con un movimiento brusco.

—Si has venido a repetirme que el maldito artículo exagera —gruñó—, llegas tarde. He estado en el club. Lo han leído todos. Y todos han tenido una opinión muy ingeniosa al respecto. Me siento tentado a comprar el periódico para dirigirlo con más sentido común.

Julian se sentó sin apoyar del todo la espalda, como si necesitara estar listo para salir corriendo.

—No he venido a hablar del artículo.

—¿No? —Edmund ladeó la cabeza—. Vaya. Dime que tienes la solución a tu problema porque me he devanado los sesos buscando una salida.

Hubo un breve silencio. El fuego chisporroteó en la chimenea.

Julian inspiró hondo.

—He venido a pedirte la mano de lady Helen.

El duque se quedó inmóvil.

Pestañeó una vez. Dos. Luego se echó hacia atrás en la silla, como si alguien le hubiese arreado un golpe en el pecho.

—Repite eso.

—Quiero casarme con tu hermana —dijo Julian, más despacio—. Le he pedido matrimonio y me ha aceptado.

Edmund lo miró con una mezcla de incredulidad y mal humor.

—¿Te has vuelto loco?

—No. Nunca he estado más cuerdo.

—¿Mi hermana?

—Sí.

—No.

—Ella está de acuerdo.

—Ya… ¿y cuándo le has pedido matrimonio, si puede saberse?

—Ayer mismo.

—Uhm… ¿Cuándo?

—Eso no es relevante. Lo importante es que ella está dispuesta.

—Estás loco. Sí. Lo de la huida de tu prometida te ha afectado más de lo que pensaba.

—Aylesford, te estoy hablando completamente en serio.

—¿Y se supone que tengo que darte la enhorabuena?

—Preferiría que no me dieses un puñetazo en la cara, para empezar —replicó Julian, con una sombra de ironía—. A partir de ahí, todo lo que venga lo aceptaré como un premio.

El duque soltó una carcajada seca, sin rastro de humor.

—Deja que me aclare. Dices que no has venido a mi casa para hablar del escándalo de tu prometida fugitiva. Me aseguras que estás muy cuerdo y que piensas casarte con Helen. ¿Te has golpeado la cabeza, Julian?

—No.

—¿Entonces? —indagó el duque.

—No ha sido… una reacción impulsiva a lo de Charlotte, si es lo que crees —respondió él, tratando de medir las palabras—. He pensado más de lo que puedas imaginarte en ello. —No era mentira

del todo, porque el anhelo siempre había estado dentro de Julian, aunque jamás se habían permitido ir más lejos.

—He visto hombres borrachos tomar decisiones más sensatas.

Julian apretó la mandíbula, pero mantuvo la voz calmada.

—Sé que suena mal. Después de la columna, después de todo… Pero no he venido a mendigar refugio bajo tu techo. No soy yo el único que se beneficia de esto.

Los ojos del duque se entornaron.

—Empieza por explicarme cómo se supone que se beneficia Helen. —Edmund no sabía de dónde estaba sacando la paciencia.

Julian le sostuvo la mirada a su amigo.

—Es una mujer de veintitrés años —empezó—. No tiene intención de aceptar a Northbridge, ni a nadie, y tú lo sabes tan bien como yo. Cada temporada que pasa, las matronas la miran con más insistencia. No va a tolerar que le impongas a un necio cualquiera solo porque cumple con los requisitos de renta y apellido.

—¿Cómo sabes eso?

—Ella misma me lo ha dicho.

—No tienes ni idea de lo que voy a tolerar yo —interrumpió Edmund—. Helen es mi hermana. No la lanzaré al primer caballero que se presente con un árbol genealógico decente.

—Lo sé. Precisamente por eso estoy aquí. —Julian inclinó un poco el cuerpo hacia delante—. Me conoces desde hace media vida. Sabes quién soy, qué he hecho, cómo trato a las mujeres. ¿De verdad preferirías entregarla a un desconocido antes que a alguien a quien ya has dejado entrar en tu casa? Soy el único al que aceptará. Así me lo ha dicho.

El duque no bajó la guardia.

—Te conozco, sí. Sé que eres un buen oficial, un hombre leal, que tomaste decisiones difíciles durante tu paso por el ejército y que no eres un crápula. También sé que ayer mismo eras el prometido de otra mujer. No me digas que eso no importa.

Julian se obligó a mantener el tono sereno.

—Importa, por supuesto. No voy a fingir que Charlotte nunca existió. Fue un acuerdo práctico. Su dote por un título, estabilidad por respeto mutuo. Nada más. No estaba enamorado.

El duque bufó.

—¿Tratas de decirme que amas a mi hermana, Julian?

—Lo que te explico es que tu hermana me ha dejado muy claro que una unión entre ambos es bienvenida y me ha explicado que si no es conmigo no se casará. —No era ninguna mentira por completo.

—Eso no te deja precisamente en buen lugar. ¿Mi hermana te ama?

—No estoy intentando pintarme como un héroe romántico —eludió Julian—. Solo quiero que entiendas que no estoy sustituyendo a una por otra como si fuesen caballos en un establo.

—Eso es precisamente —repitió— lo que parece, capitán —sentenció él.

—¡Maldita sea, Aylesford! ¿No puedes aceptar simplemente que me casaré con ella y estará bien a mi lado? No es como antes, seré un puñetero conde.

—No, Julian. No dejaré en tus manos a mi hermana sin una buena razón.

El capitán apretó los labios.

—Helen no es mi segunda opción. En realidad nunca fue ni una opción y a la vez fue la única.

—¿Un galimatías?

—No. Es la verdad. Siempre he sabido que ella, por ser tu hermana, por ser la hija de un duque, estaba vetada para mí. Fui a Eton solo porque mi padrino me pagó los estudios. Ser el hijo de un coadjutor de la parroquia que falleció antes de tiempo sin legarle nada, no es una opción válida para cualquier dama, y menos para la que me estaba prohibida. Un capitán tampoco estaba a su altura, pero ¿un futuro conde, Aylesford?

—Uno empobrecido —añadió con suavidad el duque.

—Renunciaría a su dote si eso no implicase que ella se quedase desprotegida. Puedo reflotar la herencia del hombre que me permitirá ser conde. —Tuvo una idea y se la lanzó a su amigo—: ¿Me aceptarías si me comprometo a reponer el dinero en algún tipo de fideicomiso para ella cuando lo consiga?

—Dime una cosa, Julian.

—Adelante.

—¿Te casarías con ella si no tuviese dote?

—Sí —dijo sin dudar.

—¿Y debo creerte?

—¿Te he mentido alguna vez?

—¿Eso implica que la amas?

—Eso implica que jamás me permití amarla.

—¿Qué clase de respuesta es esa, Julian?

—La más honesta que te daré.

—Pero antes has dicho que no renunciarías a su dote si ella no la necesitase para que ambos vivieseis bien —le recordó el duque.

—Está bien. Tú ganas. Niégame la dote.

—¿Y dejar que mi hermana pase penurias? —rebatió el duque.

—¿Qué quieres que haga, Aylesford? —preguntó desesperado el capitán.

—Quiero la verdad.

—¡La deseo! —explotó—. La he deseado desde la primera vez que me di cuenta de que no era una niña.

Esa frase bastó para que Edmund frunciese el ceño de otra manera.

—¿Qué demonios significa eso?

Julian dudó un instante. Aquello era terreno resbaladizo, pero retirarse ya no era posible.

—Que la he apreciado desde siempre más de lo que era prudente —admitió—. Y que el día de su presentación tuve muy claro que no debía pensar en ella como lo que era: una dama en edad casadera, hermana de un duque, muy por encima de un simple capitán sin fortuna.

El duque lo observó con gesto sombrío.

—De acuerdo. Dices que la has querido en silencio, que nunca te sentiste digno y que ahora, de pronto, decides que sí lo eres, justo después de que te planten en público. ¿Quieres que confíe en eso?

—Quiero que confíes en mí —lo corrigió Julian—. No te pido que aplaudas mi audacia. Te pido que recuerdes quién soy. Nunca he jugado con Helen. Nunca me he aprovechado del hecho de ser tu mejor amigo para animarla a nada. Nunca he cruzado esa línea. Y aun así, ella ha aceptado casarse conmigo. Es un regalo y no pienso despreciarlo, Aylesford. Nunca pensé que ella pudiese estar a mi alcance, pero las cosas han sucedido de un modo que no previ y no pienso negarme a hacer lo que más deseo.

Edmund lo taladró con la mirada.

—¿Cómo se lo has pedido?

Julian apretó un poco los dedos sobre el reposabrazos.

—En términos claros —contestó—. Le he expuesto mi situación. He reconocido que el periódico me ha dejado en una posición vulnerable. Ella entiende que necesito una esposa capaz de soportar la presión de la sociedad y de ayudarme a rehacer un patrimonio en ruinas. Le he prometido respeto, lealtad y una casa que, aunque necesite reparaciones, será suya. —Se detuvo un instante antes de añadir—: Y le he dejado claro que, si en algún momento decía que no, no insistiría.

Era una mentira por omisión, y lo sabía. No iba a contarle que ella había sido la primera en pronunciar la palabra matrimonio. La versión que estaba ofreciendo era, desde luego, más cómoda para el honor de Helen.

Edmund tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Y qué ha dicho?

—Que sí.

El silencio que siguió fue pesado.

El duque desvió la vista hacia la ventana, donde no se veía más que un día plomizo y la vaga forma de las ramas desnudas del jardín.

—Helen no es una moneda para salvarte de la ruina —murmuró—. Ni un escudo contra las burlas.

Julian sintió el pinchazo de la verdad, pero no retrocedió.

—Le he propuesto matrimonio. ¿Quieres que vaya ahora y le retire mi petición? ¿O prefieres que le diga que su hermano no me aprueba?

—Lo que deberías haber hecho primero era haberme informado de tus planes.

—Te habrías opuesto.

—Y con razón, ¿no te parece?

—Está hecho, Aylesford. Solo el tiempo podrá ser testigo de lo que te he dicho. Ambos estaremos bien juntos. ¿Crees que no daría mi vida por ella?

—¿La harás feliz? —siguió el duque con el interrogatorio.

—No voy a hacerla infeliz.

El duque soltó una carcajada seca.

—Eso dijo el último marido que abandonó a su esposa por el juego.

—No soy ningún jugador.

—Ya lo sé. —Edmund exhaló despacio—. Ese no es el punto.

Julian se inclinó un poco más hacia él.

—La trataré mejor que ningún otro hombre podría hacerlo —dijo con una seriedad que no dejaba lugar a duda—. No solo porque te lo debo a ti, sino porque se lo debo a ella. Helen no es una niña impresionable. Me ha dejado muy claro lo que espera de su vida. No quiere un marido que la encierre, que la silencie, que la convierta en un adorno. Quiere ser mi compañera.

Los dedos del duque dejaron de tamborilear.

—¿Y tú? —preguntó con voz más baja—. ¿Qué quieres?

Julian tardó unos segundos en responder.

—Quiero construir una casa a la que me apetezca regresar —dijo al fin—. Un lugar donde el silencio no duela como en un cuartel después de una batalla. Donde haya alguien que se ría de mí cuando me ponga demasiado serio. Helen puede ser esa persona. Lo ha sido ya, sin llevar mi apellido.

Edmund lo miró durante un largo rato, como si intentase valorar cada palabra, cada gesto.

—No has mencionado el amor ni una sola vez. Deseo sí, pero no amor —observó.

Julian mantuvo la mirada fija en él.

—Nunca me he permitido pensar en el amor, pero sé que la quiero. Tal vez no de la forma en la que tú amas a tu esposa, lo sé, aunque es un buen comienzo.

El duque se frotó la frente.

—No sé si eso me tranquiliza o me asusta.

—Lo que debería asustarte —replicó Julian— es imaginar a tu hermana casada con alguien a quien no conoces, que pueda aprovecharse de su carácter, de su generosidad o de su lealtad. El mundo está lleno de hombres que se pondrían muy felices de tener a una Hawthorne en su mesa y en su cama. No todos serían dignos de ella.

Edmund cerró los ojos un instante, como si esa imagen le doliese físicamente.

—Eres un canalla.

Julian arqueó una ceja.

—¿Por decirte la verdad?

—Por usar a Helen como ejemplo perfecto de lo que un hombre sin escrúpulos podría hacer. —El duque lo señaló con el índice—. Y porque sabes que no puedo hacer nada al respecto si ella te ha aceptado. Helen no me lo perdonaría jamás. Eso no excluye que no te perdonaré jamás no haber venido a hablar conmigo primero. Como bien has

dicho, está hecho; no importa lo que yo pueda decidir. No abriré una brecha en mi familia. —Hubo un breve silencio. Al final, Edmund bajó la mano y se dejó caer contra el respaldo de la silla y siguió—: ¿Qué pretendes exactamente? —preguntó—. ¿Un compromiso largo? ¿Un año de decoro para que se olviden del escándalo de lady Charlotte?

Julian negó despacio.

—Quiero una licencia especial —dijo—. Cuanto antes, mejor.

Los ojos del duque se abrieron del todo.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó una vez más.

—Estoy siendo práctico. —Julian sostuvo el envite—. Una licencia especial, una boda rápida. La ciudad entenderá lo que quiera, pero verá algo claro: no estoy arrinconado. He elegido. Y tú habrás colocado a tu hermana con un hombre que la valora y que está dispuesto a pelear por su nombre. Nos iremos de la ciudad y regresaremos cuando el escándalo se haya calmado.

—Mi hermana no se irá.

—¿Qué quieres decir?

—Helen se paseará de tu brazo por todos y cada uno de los salones de Londres.

—No lo hará.

Edmund levantó una ceja.

—¿Acaso no conoces a la mujer con la que aseguras que vas a casarte? No. Mi hermana se enfrentará a toda la sociedad por ti, Julian. La has puesto en una situación complicada.

Edmund se levantó de la silla con violencia y se acercó a la chimenea. Apoyó una mano en la repisa, al tiempo que observaba las llamas como si estas pudiesen darle la respuesta a la situación.

—Trataré de hacerla entrar en razón de algún modo.

—Puedes intentarlo, pero no te saldrás con la tuya. Bien, Julian. Capearemos la tormenta contando una historia eficaz. Los dos habéis estado siempre enamorados el uno del otro y habéis visto que una joven dama se arriesgó por amor pese a que el chico no era más que un mozo de cuadra y por eso habéis dado el paso.

—No sería mentira del todo —opinó Julian.

—Mejor, porque vas a mostrarte en público embelesado, tierno y muerto de amor. De otro modo, te juro que pagarás esta afrenta.

—Si esa es tu única condición, así será.

El duque apretó los labios.

—No sabes lo difícil que es ser su hermano.

—Tampoco es sencillo ser su amigo —dijo Julian en voz baja—. Créeme. —No podía decirle que lo había arrinconado y que ni él mismo se perdonaría por traerle un escándalo a Helen.

Se miraron en silencio, al borde de algo que ninguno de los dos quería reconocer. ¿Un acuerdo?

Finalmente, Edmund volvió al escritorio. No se sentó. Apoyó las manos sobre la madera, como si fuesen lo único que le anclaba al suelo. Lo miró con fijación antes de decirle:

—Supongo que hemos llegado a un acuerdo. Hablaré con el obispo sobre la licencia especial —dijo al fin—. Y con el abogado. Y con Helen. Te advierto que, si ella muestra la menor sombra de duda, detendré esto en seco.

—Te aseguro que si así fuera, me apartaré en un pestañeo. Te lo juro por el honor que crees que no tengo, Aylesford.

Edmund cerró los ojos un instante, como si firmase una sentencia en su propio interior.

—Entonces ve comprando una casaca nueva, capitán —murmuró—. Si todo sale como

dices, vas a necesitarla para tu boda.

Capítulo 6

Una Navidad llena de emoción

La mañana de Navidad amaneció más silenciosa que nunca.

Londres, que otros años rugía con carruajes, risas y visitas apresuradas de parientes tardíos, parecía haberse encogido bajo el cielo gris. Las calles alrededor de Aylesford House estaban tan tranquilas que se oía el eco de los cascos cuando alguien rara vez pasaba.

Dentro de la casa, en cambio, la Navidad se había instalado con toda su solemnidad.

Las ramas de acebo decoraban la barandilla de la escalera principal, el olor a cera caliente y pan dulce llenaba el aire y, desde muy temprano, el personal se movía con una mezcla de nervios y orgullo. No todos los días se celebraba una boda en el interior de Aylesford House. Y desde luego

no todos los años se casaba un Hawthorne en Navidad.

El primero había sido Edmund, doce meses atrás. Helen recordaba con nitidez lo que había sentido aquella mañana: una mezcla de alegría sincera por su hermano y Margaret y una punzada de envidia tan absurda que la había avergonzado. Había pensado que, si alguna vez llegaba a casarse, le gustaría que fuese así: con un amor evidente, con alegría y con la sensación de que todo encajaba.

No había imaginado esto.

Estaba de pie frente al espejo de su dormitorio, mientras la doncella daba los últimos toques a su peinado. El cabello castaño, con sus inevitables reflejos cobrizos, había sido domesticado en la medida de lo posible en un recogido alto. Aun así, un par de rizos rebeldes se empeñaban en escapar a la altura de las sienes. Helen había considerado exigir que los sujetasen de nuevo, pero Margaret se lo había impedido con una sonrisa.

—Déjalos —había dicho la duquesa—. Si has de casarte con un soldado testarudo, más vale que vaya sabiendo que nunca tendrás el aspecto de una estatua perfecta.

En esos momento, Helen se estaba estudiando con atención.

El vestido no era blanco por completo. A esas alturas, habría resultado ridículo fingir que era una debutante recién salida del cascarón. Había

optado por un tono plateado, con un ligero brillo que se intensificaba al moverse. El resultado era una falda de caída limpia, sin excesos, un corpiño que le marcaba los hombros y el pecho con discreción y una cinta verde oscura bajo los senos. El único adorno evidente era un pequeño broche con una piedra verde que había pertenecido a su madre.

No estaba deslumbrante como una heroína de novela sentimental, pensó con ironía. Estaba… correcta. Hermosa a su manera.

Volvió a oír la voz de Julian, baja y grave, en su despacho de Brook Street: «Mereces amor.» Y la suya, replicando casi con terquedad: «¿Y tú no?»

Había tenido varios días para arrepentirse. Para recordar que él insistía en que no quería amor, que la veía como una amiga, como la hermana de su mejor amigo, como una buena mujer para construir una casa tranquila.

No se arrepentía de lo que había provocado. Una boda con el hombre al que tanto amaba y que le había dicho que no precisaba amor. Ella ofrecería amor por los dos.

Y por si había tenido alguna duda, se despertó el día de su boda antes del alba con una certeza firme, pues prefería mil veces arriesgarse a ser la esposa que él tal vez nunca llegase a amar que arriesgarse a unirse a otro aunque ese otro sí que pudiese amarla.

La doncella le alisó la falda por última vez y se retiró unos pasos.

—Está preciosa, milady.

Helen le sonrió a través del espejo. El hoyuelo de la mejilla derecha se marcó de inmediato.

—Eso espero. Ya sería mala suerte casarme con un hombre del que habla medio Londres y, encima, parecer un espantajo.

La doncella ahogó una risita. Helen se giró y se acercó a la ventana mientras la sirvienta se marchaba.

Las campanas de una iglesia cercana sonaban a lo lejos, arrastrando consigo el eco de los villancicos de primera hora. Algún copo suelto flotaba en el aire, tan indeciso como el sol de invierno. Los tejados parecían inclinados hacia ella, curiosos. El mundo seguía su curso, a pesar de la columna venenosa del Morning Chronicle, a pesar de la fuga a Gretna Green, a pesar de que una solterona de veintitrés años iba a cambiar de apellido antes de la hora de la comida.

La puerta se abrió con un suave crujido.

—¿Puedo pasar?

Era Margaret. Llevaba un vestido en azul oscuro y tenía al pequeño Tommy en brazos. El niño,

envuelto en un faldón blanco, protestó con un quejido al ver que su madre se detenía.

—Desde luego.

—Alguien se niega a perderse la boda de su tía —comentó la duquesa—. He intentado dejarlo con la niñera, pero ha gritado como si lo estuviesen arrojando al Támesis.

Helen se volvió hacia ellos y extendió las manos.

—Ven aquí, pequeño tirano.

Tommy se dejó coger sin protestar. Su peso cálido contra el pecho de Helen tuvo el efecto de siempre: una parte del hielo que llevaba dentro empezó a resquebrajarse.

—El año pasado lo llevabas dentro de ti —recordó—. Y ahora va a ser testigo de mi boda. Si esto sigue así, el próximo año estarás aquí para otra Navidad con un segundo hijo, mientras que yo no sabré ni dónde he dejado mi tocado.

—Tal vez seas tú la próxima en ser madre —replicó Margaret con suavidad—. ¿Cómo te sientes?

Helen miró al niño, que se empeñaba en agarrar el encaje de su velo con una mano diminuta.

¿Cómo se sentía?

Como una mujer que caminaba hacia el borde de un acantilado con la absurda certeza de que, por primera vez, sabía volar.

—Nerviosa —admitió—. Asustada. Decidida. Y un poco… agradecida.

—¿Agradecida?

—El universo podría haber elegido cualquier otro modo de humillar a un hombre honrado. Ha escogido este, y me ha dado una oportunidad. No pienso desaprovecharla.

Margaret la miró con esa mezcla de ternura y respeto que solo reservaba para momentos muy contados.

—Te mereces que salga bien —dijo—. Y él también. Aunque hoy no tenga ni la menor idea de lo que está a punto de caerle encima. Si eres la mitad de tirana que Edmund, tu soldado se ganará el cielo.

—¡Margaret!

—No te enfades. Edmund mismo espera que te muestres difícil con su mejor amigo por lo que te ha hecho. Me ha costado la vida no decirle a mi esposo que estás perdidamente enamorada del que pronto será el tuyo. ¿Por qué no se lo confesaste a Julian? —preguntó, pues Helen le había contado la conversación que mantuvo con él.

La aludida soltó una carcajada suave. Le devolvió a Tommy a los brazos de su madre y se alisó la falda, más para ocupar las manos que por necesidad.

—No me quiere, ya te lo dije. ¿Cómo hubiese quedado yo si hubiera desnudado mi alma, Margaret? No, no podía correr el riesgo.

—Edmund piensa que te estás sacrificando por un amigo. Tu hermano está muy enfadado con el capitán. Eso no es justo.

—Las cosas irán poco a poco colocándose en su lugar —zanjó, con cierta inseguridad, Helen.

En la planta baja, mientras tanto, Julian enfrentaba su propia batalla.

El mayordomo de Aylesford House lo había conducido hasta una pequeña sala contigua al salón principal, donde Edmund terminaba de ajustarse la corbata frente a un espejo. El duque giró al verlo reflejado.

—Llegas puntual —comentó—. Siempre es buena señal en un novio.

Julian esbozó una sonrisa breve.

—Prefería enfrentar a Napoleón que a tu reloj, créeme. Más, sabiendo que me costará obtener tu perdón por mi atrevimiento.

Llevaba el uniforme de gala. La casaca azul marino había sido cepillada hasta recuperar el brillo por completo, los galones dorados destacaban en los hombros y la espada descansaba en su costado, muda pero presente. Nunca se había sentido más expuesto dentro de su propia piel.

Edmund se acercó y lo observó sin disimulo.

—Concéntrate en hacer bien tu papel y ya veremos cómo vamos. Por cierto, no estás mal —admitió—. Pareces casi un hombre respetable.

—Soy respetable —lo corrigió Julian.

—Pero un amigo pésimo.

—Una única falta no me convierte en un amigo pésimo.

El duque suspiró.

—No discutamos. Sé que voy a tener que acostumbrarme a que seas el esposo de Helen. Mi duquesa me ha pedido tener un poco de fe en que todo esto responde a una especie de plan divino que no logro entender… Haré un esfuerzo y me comportaré contigo. A fin de cuentas, no dudo en que la protegerás siempre.

—Con mi vida —le garantizó Julian—. No te arrepentirás de haber permitido que me case con ella, Aylesford.

—Soy feliz, Julian. Margaret ha hecho que este último año sea como un sueño que se vio culminado con la llegada de mi primer hijo. Siempre he querido que mi hermana fuese feliz. Ahora que yo mismo conozco la dicha, no deseo que se conforme con menos.

—Si hay alguien capaz de despertar en mí un amor tan fuerte como el que sientes por tu duquesa, esa es Helen. Seguro. No sé si seré el mejor marido que podrías imaginar para ella, pero sí sé que no habrá otro que se empeñe tanto en merecerla.

Edmund le sostuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad. Luego asintió con un gesto corto.

—Entonces adelante. Yo iré a por la novia mientras tú la esperas en el lugar adecuado.

Así se hizo.

El salón principal de Aylesford House había sido transformado para la ocasión.

Las alfombras habían desaparecido, sustituidas por una hilera de sillas colocadas con precisión militar. Las paredes lucían guirnaldas de acebo y laurel, y sobre la chimenea principal, junto al escudo de la familia, colgaba una corona adornada con cintas verdes y marfil. El ministro de Dios esperaba junto a una pequeña mesa que hacía las veces de altar, con el libro abierto y las gafas resbalándole por la nariz.

No había una multitud. El círculo era reducido, cuidadosamente elegido.

En primera fila estaban Margaret, con Tommy despierto y vigilante, y una tía de los Hawthorne que parecía dispuesta a memorizar cada detalle para repetirlo palabra por palabra en sus cartas. Más atrás se repartían un par de primos, un amigo de confianza de Edmund, el abogado de la familia y la anciana ama de llaves, que insistía en que había visto crecer a la niña y no pensaba perderse aquello.

Eso era todo.

Nada de damas ávidas de cotilleo, nada de curiosos. El escándalo del periódico flotaba en el aire como un perfume rancio, pero nadie lo mencionaba. La noticia de la boda se explicaría, llegado el momento, como un resultado natural de una cercanía de años. Como un romance discreto que por fin encontraba su cauce. El mundo creería lo que quisiera. Ellos sabían otra cosa.

Julian se colocó en el lugar indicado por el clérigo. Notó cómo la espada le pesaba un poco más en el costado. Sus manos, sin embargo, permanecieron firmes.

Cuando las puertas se abrieron y Helen entró del brazo de Edmund, el mundo se redujo al punto exacto donde ella estaba.

No llevaba ninguna tiara. No iba cubierta de joyas. El vestido plateado, la cinta verde, el broche

sencillo y el velo ligero que le caía sobre los hombros bastaban para que ella pareciera un ángel.

Julian la vio avanzar, con el porte recto y decidido que tanto conocía, y sintió un nudo en la garganta que ningún combate le había provocado jamás.

Recordó, inevitablemente, el día de su presentación. El vestido blanco, el miedo en sus ojos, el hoyuelo tímido… Entonces la había mirado desde lejos, con la certeza de que no debía acercarse demasiado.

En esos instantes, cada paso la llevaba hacia él. Y nadie en su sano juicio habría podido llamar a aquello una imprudencia. Era su destino, comprendió al fin. Helen había estado destinada a él desde siempre. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa sincera.

Helen alzó la vista justo antes de llegar a su altura. Sus ojos verdes encontraron los suyos y, durante un instante, el salón, los invitados, las guirnaldas y el vicario desaparecieron. Solo estaban ellos, con la respiración ligeramente acelerada y la promesa de un futuro que ninguno de los dos sabía leer.

Edmund entregó la mano de su hermana sin decir nada. Ya se lo habían dicho todo.

Cuando Julian cerró la mano sobre la de Helen, sintió el mismo calor que había notado en su despacho. Ella no la retiró.

El ministro de Dios carraspeó y empezó el oficio con la seriedad que exigía el momento. No era la primera boda que se celebraba en una casa particular, y desde luego no sería la última. La voz del hombre llenó la estancia con palabras sobre deber, sobre consuelo, sobre enfermedad y salud.

Helen escuchó como si estuviese oyendo un idioma extraño. No porque no entendiese las frases, sino porque todo lo que importaba se reducía a unos pocos instantes.

Cuando llegó el momento, el clérigo le pidió que repitiese las palabras del consentimiento.

La voz se le quebró apenas en la primera sílaba, pero luego se reafirmó. Se escuchó comprometiéndose a amar, honrar y obedecer a un hombre que, según había comentado no hacía demasiado, no quería el amor de nadie. La ironía no se le escapó, pero tampoco la distrajo.

Julian, en su turno, pronunció su parte con un tono bajo y grave que hizo que el vello de la nuca de Helen se erizase. La palabra «cuidarte» sonó distinta en su voz. Como una orden que se daba a sí mismo.

Cuando él cogió el anillo y se lo deslizó en el dedo, contuvo el impulso absurdo de reír. Había pasado años imaginando un gesto parecido en sueños ridículos que nunca se había atrevido a contarle ni a Margaret ni a nadie. Ninguno se parecía a este, con tan pocos testigos, con las campanas lejanas de una iglesia resonando y con el eco del

escándalo reciente colándose en las rendijas de las ventanas.

Y, sin embargo, ninguno de aquellos sueños la harían nunca tan feliz como el que estaba viviendo.

El vicario cerró el libro, pronunció la bendición final y, con toda naturalidad, terminó:

—Los declaro marido y mujer.

Hubo un murmullo generalizado. Un suspiro emocionado de Margaret, el sollozo indiscreto de la tía y un balbuceo de Tommy como si él también quisiese intervenir.

Julian no esperó a que nadie le indicase qué debía hacer a continuación. Se inclinó hacia Helen y, muy despacio, besó su mejilla.

No fue el beso arrebatador del despacho. Fue breve, solemne, consciente de las miradas. Aun así, Helen sintió cómo el corazón le daba un vuelco. El roce de sus labios, la caricia de su aliento contra su piel, la promesa silenciosa en ese gesto contenían todo lo que no podían decirse en voz alta.

Cuando se separaron unos centímetros, él susurró casi sin mover los labios:

—Feliz Navidad, Helen.

Ella respondió en el mismo tono:

—Feliz Navidad… esposo.

La palabra le supo a milagro.

Mientras los pocos invitados se acercaban para felicitarlos, mientras el mayordomo se ocupaba del jerez y de los dulces navideños, mientras las ramas de acebo se mecían al compás de algún paso apresurado, Helen comprendió que quedaban muchos obstáculos por vencer.

La ciudad hablaría, por supuesto. Dirían que la hermana de un duque se había casado deprisa con el capitán despreciado. Dirían que era un arreglo conveniente, que todos salían ganando, que así se cerraba un escándalo con otro más discreto. Nadie, salvo ellos, sabría cuánta verdad y cuánta mentira había en todo aquello.

Pero en ese instante, con la mano de Julian firmemente entrelazada con la suya y el peso reciente del anillo calentándole la piel, a Helen le importó muy poco lo que opinase Londres de su boda.

Había decidido su destino en la víspera de Navidad. El hombre al que había amado en silencio durante media vida era suyo al fin.

El resto, pensó, mientras él inclinaba la cabeza para escuchar algo que Margaret les decía, ya lo negociarían. Entre los dos. A puerta cerrada.

Como todos los tratos verdaderamente importantes.

***

El salón se despejó con una eficacia que habría hecho orgulloso a cualquier intendente del ejército. En cuanto el ministro de Dios se retiró a una esquina con el libro bajo el brazo, los criados entraron en procesión silenciosa, retiraron algunas sillas y dispusieron una mesa larga junto a la chimenea, más propia de una comida familiar que de un banquete rimbombante.

Margaret había organizado un almuerzo nupcial espléndido. Sobre el mantel blanco aparecieron fuentes de jamón frío, panes recién cortados, mermeladas, huevos al gusto del duque y una modesta pero tentadora selección de dulces navideños. El aroma a café y chocolate caliente se mezcló con el de las ramas de acebo y la cera de las velas.

Helen se encontró de pronto sentada a la derecha de Julian. Tenía las manos apoyadas sobre el regazo, muy consciente de la proximidad del brazo de él. Si estiraba los dedos, solo un poco, rozaría la tela de su casaca.

No lo hizo. Todavía.

—Debes comer algo —murmuró Margaret desde enfrente, con el pequeño Tommy dormido en una cestilla a su lado—. Una futura

condesa que se desmaya en su primer día de matrimonio dará demasiado que hablar.

Helen tomó un trozo de pan más por obediencia que por apetito.

—Si alguien se desmaya hoy, será Julian —replicó—. Lleva la cara de un hombre que acaba de regresar de una campaña particularmente complicada.

Al escuchar el comentario de Helen, alzó una ceja.

—He sobrevivido a tormentas peores —dijo en voz baja, solo para que ella lo oyera—. Aunque admito que nunca había visto a una novia más hermosa.

Helen se arriesgó a levantar los ojos. Lo sorprendió contemplándola con una mezcla de incredulidad y ternura que le hizo cosquillas en el estómago.

—¿Hermosa? —susurró.

—¿Todavía dudas de las palabras que no hace mucho te dediqué? Me gusta cómo me miras, por cierto.

—¿Y cómo te miro?

—Como si de verdad fueses mi esposa —respondió él, sin rodeos.

—Soy tu esposa —le recordó.

Él le sonrió.

—Lo sé, querida.

El apelativo le calentó las mejillas más que el chocolate.

Alrededor, las conversaciones zumbaban con cierta precaución educada. La tía Hawthorne comentaba con un primo lo rápido que crecían los niños; el amigo de Edmund elogiaba la sobriedad de la ceremonia; el abogado hacía observaciones sobre las ventajas de las bodas íntimas. Nadie mencionaba la columna del Morning Chronicle, aunque ambos sabían que estaba presente como un invitado más, invisible y maleducado.

En un momento dado, el abogado levantó la copa de jerez para ofrecer el primer brindis formal. Habló de la unión de dos personas honorables, de la dicha de ver a una hermana bien casada, de la firmeza y valentía del nuevo esposo. Helen lo escuchó con una atención distraída, pues estaba más pendiente de la mano de Julian, que reposaba sobre la mesa, cerca de la suya.

No supo quién inició el contacto. Tal vez fue él, tal vez ella. El caso fue que, cuando el brindis terminó y el murmullo de aprobación recorrió la mesa, los dedos de ambos estaban entrelazados.

No fue un roce ligero, ni un accidente. Ninguno de los dos se apartó.

Julian apretó muy suavemente sus dedos, como si hiciera un juramento silencioso que no necesitaba testigos. Helen le devolvió la presión, con el corazón desbocado.

En ese instante, mientras Edmund se levantaba con una copa en la mano para anunciar que tenía unas pocas palabras más que decir, a ella le pareció que, por fin, todo el ruido del mundo se quedaba al otro lado de las paredes de Aylesford House. Edmund no le había mencionado nada sobre la opinión de su matrimonio, eso implicaba que no estaba contento, solo que lo aceptaba porque ella lo había consentido.

Fue entonces, con las copas de nuevo llenas y todas las miradas fijadas en el duque, cuando llegó un anuncio que ninguno de los dos esperaba.

—Hay algo más —dijo el duque, al tiempo que levantaba por completo la copa—. Me niego a que mi hermana empiece su matrimonio en una casa de soltero. Así que, desde hoy, la vivienda de Bloomsbury deja de ser mi segunda residencia. Es vuestra. No se me ocurre un lugar mejor en el que comencéis a formar una familia.

El regalo de bodas de Edmund cayó sobre Julian como un cubo de agua helada servido en bandeja de plata. Se trataba de la segunda casa que Edmund tenía en Londres y que no estaba vinculada al título, entre otras cosas porque se la había comprado el propio duque con un buen negocio que dio sus frutos.

Hubo aplausos y exclamaciones de aprobación. Margaret sonrió, Helen abrió los ojos un poco más de la cuenta y el abogado asintió con aire satisfecho.

Julian, en cambio, sintió que el estómago se le encogía.

Una casa. Amueblada, bien situada, lista para vivir. Un regalo ide valor incalculable. Y todo porque él, el capitán Redford, el heredero de un conde arruinado, no podía aportar a su propio matrimonio una residencia decente sin ayuda del hermano de su esposa.

Brindó, porque era lo que tocaba. Agradeció, porque el momento lo exigía. Prometió cuidar del lugar y de la mujer que lo habitaría, porque cualquier otra cosa habría resultado insultante.

Por dentro, se sintió un usurpador.

Capítulo 7

La hora de la verdad

El resto de la comida nupcial fue sobria, elegante e íntima. Más brindis, un pastel más modesto que el del año anterior pero con mejor sabor, algunas bromas de Margaret, un balbuceo de Tommy que todos decidieron considerar como una felicitación… y luego, los abrigos, los deseos de Feliz Navidad y la visión de Aylesford House quedando atrás por la ventanilla.

Se marcharon bien entrada la tarde. Helen se sentó frente a él, con las manos entrelazadas sobre el regazo. El vestido de novia había sido sustituido por otro más sencillo, apropiado para el traslado. El velo ya no lo llevaba puesto. El anillo, en cambio, brillaba en su dedo cada vez que el carruaje cogía un bache.

Julian miró fugazmente esas manos y apartó la vista hacia la ventanilla. Al menos había

sido capaz de comprarle un buen anillo. El traqueteo de las ruedas era un ruido cómodo, demasiado cómodo para los pensamientos que lo asaltaban.

Se suponía que debía decir algo. Algún comentario ligero sobre el tiempo, sobre lo rápido que había oscurecido o sobre lo bien que se había portado Tommy. Cualquier frase banal que suavizase la conciencia punzante de que iban camino de una casa que no se había ganado y de una noche que llevaba años imaginando y prohibiéndose. Todo le sabía a cenizas.

No dijo nada.

Ella tampoco.

Había entre ambos una maraña de palabras no pronunciadas: las del despacho, las del beso, las del altar. Las frases de compromiso dichas durante la ceremonia, vacías para otros, estaban muy presentes entre ambos.

Hasta que la muerte los separase.

Una expresión valiente para dos personas que ni siquiera se atrevían a cruzar una mirada en un carruaje.

El cochero anunció la llegada con el crujido de las ruedas al detenerse y el golpe sordo de las patas de los caballos en el empedrado.

Bloomsbury.

Su casa.

El mayordomo se inclinó, nervioso, con la llave preparada. Un par de criados se movían como sombras en el interior, ultimando detalles. Todo olía a cera recién encendida, a madera pulida, a algo nuevo y todavía indefinido.

Margaret, antes de que ella se marchase, se había acercado para susurrarle que:

—Te he hecho un regalo especial. Lo encontrarás sobre la cama de tu habitación. No me lo agradecerás en público, o me moriré de vergüenza.

En esos momentos en los que el mayordomo los conducía a través del vestíbulo hacia la escalera, Helen recordó esas palabras con un nudo en la garganta mientras se preguntaba de qué se trataría.

Julian la acompañó hasta la puerta de la habitación que iba a ser de ella.

—Te dejaré un rato para que te instales —dijo—. Hablaré con el ama de llaves y… veré que todo esté en orden abajo.

No hizo amago de entrar. No intentó besarla. No dijo nada que pudiera confundirse con… con… con algún tipo de iniciativa carnal.

Helen asintió.

—De acuerdo —aceptó. ¿Qué más podría decir?

Lo vio alejarse por el pasillo, con la espalda recta y el paso firme de siempre. Parecía cualquier cosa menos un hombre que iba a enfrentarse a la noche de bodas lleno de satisfacción.

Entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí. Las habitaciones de Julian estaban al otro lado y una puerta las conectaba a ambas desde el interior, tal y como se estilaba entre las familias de alta cuna. Era poco frecuente que las familias adineradas compartiesen la misma estancia para dormir.

La de Helen era una alcoba agradable, cálida, con una cama amplia y pesada con dosel, cortinas en tonos suaves y una cómoda cercana a la ventana. Sobre la colcha, perfectamente desplegado, descansaba el regalo de Margaret.

Helen se quedó inmóvil unos segundos.

Era… escandaloso.

No para una cortesana ni para una actriz de teatro francés, quizá. Pero para una mujer pudorosa aquello era casi una declaración de guerra a la decencia.

El negligé era de una muselina finísima, casi impalpable, de un tono marfil apenas más claro que su piel. Los encajes en el escote y en el bajo no dejaban demasiado a la imaginación. Las mangas

eran tan breves que casi no merecían ese nombre. Era la clase de prenda que se suponía que una dama bien educada jamás mencionaría en voz alta ni llevaría en privado.

Helen sintió cómo le ardían las mejillas.

Sostuvo la prenda entre las manos. La tela se deslizó entre sus dedos como agua.

Durante un largo momento, se quedó mirando la puerta cerrada, como si esperase que Margaret entrase y le explicase que todo era una broma de mal gusto.

No ocurrió.

Suspiró.

Era una mujer casada, se recordó. Su misión era seducir a su marido esa noche y si Margaret, que sabía mucho más que ella de esas cosas, opinaba que esa era la mejor forma, debía tenerla en consideración.

Dejó la prenda sobre la silla, llamó a la doncella para que la ayudase con los botones de la espalda y, cuando se quedó a solas, se puso el negligé.

Al mirarse en el espejo, se quedó muy quieta.

No era solo la prenda. Todo era escandaloso. Seductor más bien. Era por la expresión de su rostro. Los ojos agrandados, el sonrojo extendiéndose por el cuello, la contracción ligera del estómago…

Tenía el aspecto de una mujer nacida para tentar, para llevar a un hombre a la ruina y eso era precisamente lo que deseaba hacer. Quería volver completamente loco a Julian. Mucho más que cuando la besó de aquella manera tan exquisita.

Una parte de ella quiso volver a ponerse un camisón más recatado, envolverse en una bata gruesa y presentarse ante Julian como si fuesen a hablar de cuentas y de criados. Otra parte, la que había cruzado la ciudad para pedirle matrimonio en plena resaca de escándalo, se negó a tener miedo.

Se recogió un poco más el pelo, se aseguró de que todo estuviese donde debía, bajó un poco el quemador de la lámpara para suavizar la luz y se sentó en el borde de la cama a esperar.

Las agujas del reloj de la repisa avanzaron.

Una.

Dos.

Tres cuartos de hora.

Era cierto que no era hora de acostarse, pero Margaret la había preparado para recibir la visita de su esposo en sus aposentos más pronto que tarde. Según la duquesa, un hombre hambriento necesitaba comer. Por lo visto, ella iba a ser el manjar de Julian. Entonces, ¿por qué no se presentaba ante ella a exigir que lo alimentase?

Helen cambió de posición, se levantó, dio un paseo corto por la habitación, volvió a sentarse. Prestó atención a cada ruido: un portazo lejano, el murmullo de voces en la planta baja, el crujido discreto de la casa adaptándose al frío nocturno…

Ni rastro de pasos en el pasillo.

El corazón le latía cada vez más deprisa, no por pudor sino por algo peor: la sensación de estar siendo… ignorada.

Pasó otra hora.

Helen exhaló por la nariz, furiosa consigo misma por la punzada de humillación que empezaba a notar. Agarró la bata, se la puso sobre el negligé y se ató el cinturón con un tirón brusco.

Se acercó a la puerta contigua, la que comunicaba su habitación con la que sería la de Julian. Llamó, con los nudillos.

Silencio.

Probó de nuevo.

Nada.

Frunció el ceño. No debería.

Apretó el picaporte.

La puerta no estaba cerrada con llave.

La habitación de él estaba en penumbra, con la cama intacta y la chaqueta del uniforme abandonada sobre una silla. No había rastro del dueño.

El primer impulso fue de alivio porque él no estaba tumbado vestido, desmayado o ajeno a todo lo que ella sentía. El segundo fue de irritación.

¿Dónde demonios se había metido su flamante marido en su noche de bodas?

Bajó las escaleras con paso rápido, sujetándose la bata al pecho, agradecida por la discreción de la alfombra que amortiguaba cualquier sonido.

No tuvo que buscar mucho.

La puerta entreabierta de la biblioteca dejaba salir una franja cálida de luz. Helen se acercó, contuvo la respiración y se asomó.

Julian estaba allí.

Sentado en un sillón orejero. Se veía atormentado, con la camisa abierta en el cuello y el decantador de licor casi vacío sobre la mesita lateral. Tenía los codos apoyados en las rodillas y sostenía un vaso entre las manos, como si hubiese olvidado que lo sujetaba.

Helen no sabía cuánto habría bebido, pero el rubor le subía por el cuello y la mirada tenía ese brillo empañado que solo una vez había visto en su hermano.

Entró del todo y cerró la puerta tras de sí con un golpe suave.

Él levantó por completo la cabeza.

Tardó un segundo en enfocarla.

Y entonces la vio.

Se quedó mudo.

Ella iba ataviada con una sencilla bata, y a Julian le bastó con imaginar lo poco que había debajo para sentir que el aire le resultaba de pronto demasiado denso. Ella tenía el cabello suelto y las mejillas encendidas.

No era así como había imaginado verla por primera vez en su casa nueva. No en una biblioteca, no con ese gesto poco amable que evidenciaba que no estaba contenta y, por descontado, que no en medio de una nube de licor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Él alzó el vaso, apenas.

—Celebrar nuestro matrimonio.

La mirada de Helen bajó de nuevo al decantador casi vacío.

—Más bien parece que estás huyendo.

Se acercó unos pasos más. El brillo del fuego iluminaba la tela clara de la bata y dejaba entrever, cuando se movía, pequeñas sombras de piel. Julian apartó la vista con un esfuerzo visible.

—Es mi nueva casa —replicó—. Tengo derecho a beber donde me plazca.

—Y yo tengo derecho a saber por qué mi esposo no se presenta en mi habitación la noche de nuestra boda —contestó ella—. Empiezo a pensar que tengo motivos para preocuparme.

Él soltó una risa corta, carente de alegría.

—¿Preocuparte? Eres la mujer más segura de Londres ahora mismo. Llevas un anillo y eres la señora de una casa nuevecita. No necesitas preocuparte de nada.

Helen lo miró como si tuviese delante a un niño particularmente obtuso.

—He entrado en tu habitación. No estabas. Te he esperado más de dos horas en la mía. Tampoco has venido. Y ahora te encuentro aquí, bebiendo. No sé tú, pero yo llamo a eso motivo de inquietud.

Él se recostó en el sillón y se llevó el vaso a los labios.

Ella dio un paso más.

—Es una celebración, ya te lo he dicho, Helen.

—¿Vas a explicarte?

Julian apoyó la copa, con más fuerza de la necesaria sobre la mesa cercana.

—¿Qué quieres que te diga, Helen? —La lengua se le soltaba porque había bebido más de lo aconsejable, pero no lo suficiente para olvidarse de sus pesares—. ¿Que he perdido una prometida en los periódicos y he ganado una esposa en una ceremonia casi a puerta cerrada? ¿Que tu hermano me ha regalado una casa? ¿Que todo Londres debe de estar preguntándose a estas horas si ya te he llevado al lecho?

Ella apretó los dientes.

—Quiero que me digas por qué te has emborrachado en la noche de tu boda.

Hubo un silencio.

El licor le quemaba aún el estómago, pero había otra cosa abrasándolo más hondo. Algo que llevaba años guardado bajo llave.

Julian respiró hondo.

—Porque no sé cómo subir esas escaleras sin sentir que te estoy robando algo —soltó al fin—. Eso es lo que quieres oír, ¿no?

Helen parpadeó.

—¿Robando?

—Tu vida. Tu posibilidad de elegir sin presión. Tu futura felicidad con el hombre al que sé que amas. Llámalo como quieras.

Ella entrecerró los ojos.

—No me digas que todo esto es por mí, porque no te creeré.

—Amas a otro —incidió con ahínco—. Tú misma me lo dijiste en aquella terraza —soltó una risa amarga.

Helen sintió que el corazón le daba un brinco. No esperaba que le tirase sus propias palabras a la cara con tanta precisión.

—Eso no significa que puedas desaparecer de tu propia noche de bodas.

—Significa que no puedo comportarme como un mercenario contigo. —Alzó la mano, la dejó caer sobre el brazo del sillón—. Podría haberlo hecho con lady Charlotte. Podía ver su dote, su apellido, su utilidad. Éramos dos piezas en un tablero. Pero tú… tú eres otra cosa. No puedo subir, abrir tu puerta y reclamarte como si fueses parte del paquete que me ha entregado tu hermano. Y más sabiendo que estarás pensando en otro mientras te toco.

Hablaba con crudeza, sin adornos. El alcohol había limado los filtros. Ella se dio cuenta de eso.

—¿Te pareció que me retraía cuando me besaste en tu despacho, Julian?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque fue solo un beso.

Helen sintió una punzada, pero no apartó la vista.

—Soy tu esposa —objetó—. Eso es un hecho, no un paquete. No te pedí que me compadecieras. Te pedí que te casaras conmigo. Nadie te ha obligado a nada. Pudiste negarte.

—Precisamente por eso es peor —se reafirmó él—. Si me hubiesen obligado, si me hubiesen presionado, tendría, además de la culpa, una excusa. Accedí, esa es la única verdad, pero tú no estarás libremente en mi cama y eso me mata. No puedo hacerlo. No debí haberme casado contigo, Helen. Ahora lo comprendo.

Se negó a echarse a llorar, aunque tenía muchas ganas de hacerlo.

—¿Tan pronto me humillas, esposo?

—¿Humillarte? Soy yo el que está humillado. No tenía nada para ofrecerte y te he reclamado. He arruinado tu presente y tu futuro. Incluso tu hermano ha premiado mi atrevimiento regalándonos esta casa. No lo he hecho bien. Te merecías algo muchísimo mejor, Helen.

Ella dio un paso hacia él. Ya estaba casi frente al sillón.

—Y tú, ¿qué?

Él levantó la vista hacia ella.

La veía borrosa y nítida a la vez. La bata, su precioso pelo, esos ojos verdes que parecían dispuestos a atravesarle la piel hasta dar con lo que había debajo… Era formidable incluso furiosa, tal y como sabía que estaba.

—Yo te besé —dijo con brusquedad—. Como no debería haberlo hecho nunca.

El recuerdo la asaltó a ella también. El despacho, la discusión, las confidencias sobre lo que opinaba de ella, su pregunta desesperada… y luego, el mundo desapareciendo con el roce de sus bocas.

Helen tragó saliva con gran dificultad.

—¿Y ahora te arrepientes? ¿Ha sido eso? ¿Ha sido una estafa?

Julian frunció el ceño.

—¿Cómo?

—El beso —insistió—. ¿Fue una mentira? ¿Un truco para que creyera que me deseabas, cuando en realidad es todo lo contrario?

Su voz se quebró ligeramente al final, pero se mantuvo sin echarse a llorar.

Julian la miró como si acabase de decir la mayor estupidez del siglo.

—¿Estás loca?

—Estoy intentando entender por qué mi marido prefiere un decantador a su propia esposa —replicó—. ¿Qué se supone que debo pensar? Me caso contigo, estamos en nuestra casa, te espero en

la cama como una insensata y tú decides que es mejor compañía el brandy. Ilumíname, capitán.

Él apretó la mandíbula.

—No digas que eres una insensata.

—¿No lo soy? —soltó ella—. Me he casado con un hombre que, según sus propias palabras, no quiere amor, no piensa abrir su corazón y ahora se emborracha para no tener que subir a la habitación de su esposa y hacerle el amor. Si eso no es insensatez, necesito un diccionario nuevo.

La provocación le encendió la sangre más que todo el licor del mundo.

Julian se puso en pie de golpe.

El movimiento la obligó a retroceder un paso. No por miedo, sino porque su cuerpo reaccionó a la cercanía física de él como siempre: con un latido más rápido y con un calor incómodo extendiéndose por la piel.

Él la superaba en altura, pero ella le sostenía la mirada sin bajar la barbilla.

—No he subido —dijo él, con la voz más ronca— porque me aterra la posibilidad de no querer bajar nunca.

Helen abrió la boca.

Nada salió.

Julian continuó, como si se hubiese roto una compuerta.

—Crees que no te deseo —soltó—. Crees que ese beso fue una tontería para mí. ¡Helen, por Dios! Te he deseado desde que te vi entrar en aquel salón con el vestido blanco de debutante. Llevo años negándome a pensar en ti como una mujer deseable gracias a mi gran disciplina. ¿Cómo crees que me sentía cada vez que un atisbo de lujuria me recorría al pensar en ti, en la hermana pequeña de mi mejor amigo, un duque que me cortaría en pedazos si averiguaba lo que me inspirabas?

La confesión quedó suspendida entre los dos.

Ella sintió un mareo fugaz. No a causa de una emoción vaga, sino por la sorpresa brutal.

—¿Qué…?

—Desde entonces —insistió él—. Desde el primer día en que vi que dejabas de ser la niña que me lanzaba manzanas desde las ramas. Me clavaste en el sitio en aquel maldito instante en el que comprendí que eras una mujer. Y al segundo siguiente comprendí que no tenía ningún derecho a sentir nada de eso. Tú eras la hermana de un duque —repitió—. Yo, un simple capitán sin fortuna. Así que me tragué el deseo, el impulso y la estupidez, y me conformé con ser el amigo de la familia.

Helen lo contemplaba como si no lo reconociese en absoluto. Como si estuviese viviendo un sueño porque no se creía lo que acababa de escuchar.

El Julian que conocía era disciplinado, sí, irónico, siempre dueño de sí mismo. El hombre que tenía frente a ella, con la camisa hecha un desastre, el pelo algo revuelto y las pupilas dilatadas, era otra cosa. Un hombre al que se le habían caído las defensas.

—Cuando volví de la guerra —continuó—, tenía más cicatrices que sentido común. Y entonces apareció un conde arruinado que aseguraba que mío sería su título. De repente, era un candidato que valía algo en los salones pese a no tener fortuna. Y aun así, seguía sin sentirme digno de mirarte. Así que me dejé empujar hacia una joven llamada lady Charlotte.

Pronunció ese nombre con una mueca.

—Julian… —lo llamó porque era necesario decirle que ella estaba enamorada de él.

—Podía ser mercenario con ella —siguió él porque necesitaba contárselo todo antes de perder el valor—. Podía convertirme en un esposo aceptable, un hombre correcto, sin necesidad de pensar en lo que me habría gustado de verdad. Y lo habría hecho. Habría vivido una vida tranquila, sin sobresaltos, sin… esto. —Señaló el espacio entre ambos—. Sin una esposa a la que llevo deseando tantos años que me avergüenza contarlos y cuyo corazón está en otro

lado. ¡Maldigo mi suerte porque te tengo, pero no te tengo! —se quejó.

Helen sentía que el corazón le martilleaba en las costillas.

No era capaz de articular palabra después de esa nueva confesión.

—Y entonces llegaste a mí —remató él—. Entraste en mi casa, después del escándalo, y me propusiste matrimonio. A mí. Me convenciste de que podrías seguir siendo mi amiga, que podrás vivir a mi lado aunque amases a otro. Y yo sé que debería haberte mandado de vuelta a tu casa, por tu bien, por tu futuro, por Aylesford, por todo… y lo único que pude hacer fue besarte para tratar de que olvidases el nombre de cualquier hombre que no fuese el mío.

La biblioteca entera pareció contener la respiración.

Helen tragó saliva con dificultad.

—No… —La voz le salió en un susurro—. No amo a otro, Julian.

Él soltó una risa áspera.

—Por favor… Te oí. Un hombre al que jamás podrías tener.

—Por amor de Dios, Julian. ¿¡Quieres callarte y escucharme de una maldita vez!? —explotó

ella.

Él parpadeó, confuso.

—No deberías estar tan alterada, no es a ti a quien el destino le ha jugado una mala pasada dándole lo que más ansiaba para luego sentirse como un usurpador.

Helen sintió que había llegado el punto de no retorno.

Podía seguir escondiéndose tras medias frases, podía seguir jugando a los silencios, podía dejar que las suposiciones gobernasen su matrimonio. O podía decir la verdad de una vez… si él se lo permitía, por descontado.

—Cállate para que puedas escuchar la historia de una joven que lleva toda su vida enamorada del mejor amigo de su hermano. Un militar que nunca le hizo ni una sola señal que indicase que era correspondida.

—¿Perdón? —Seguro que la había entendido mal.

—Oh, Julian… Ese hombre imposible al que tanto he amado siempre eres tú, pedazo de sapo —soltó, con lágrimas ardiéndole en los ojos—. ¿Quién diablos creías que sería? ¿El panadero? ¿El vicario? ¿Northbridge? Eres el único con el que he pasado tiempo. Siempre has sido tú y te habías comprometido con una mujer por su dote. ¡Mi dote era mayor que la de lady Charlotte! —gritó—. ¿Por

qué no me elegiste cuando regresaste? ¿Por qué nunca me hablaste de tus sentimientos? ¿No entiendes lo que casi nos haces a los dos? ¿Qué hubiese ocurrido si tu prometida no hubiese salido huyendo con su enamorado? ¡Tuve que convencerte de que me aceptases y ahora me sales con que siempre me has querido! Ay, capitán, quisiera estrangularte con mis propias manos por haberme hecho pasar por todo esto. Las noches en vela, las lágrimas que he derramado porque nunca podrías ser mío, porque le pertenecerías a lady Charlotte… —Se derrumbó por completo.

Él dio un paso hacia ella, como si necesitase estar más cerca para creer lo que oía. La abrazó y ella comenzó a golpearlo con fuerza en el pecho.

—Helen…

—No tenía ninguna esperanza de que me quisieras… —se lamentó.

Julian había logrado abrazarla y la mantenía cautiva en sus brazos.

Respiró hondo.

—Helen… Yo… —No sabía cómo continuar. Decir que había sido un estúpido le parecía poca cosa.

—Nunca pensé que me elegirías. Por eso fui a tu casa con esa proposición de matrimonio. Te lo pedí, no porque quisiera que me hicieras un favor,

sino porque era la única manera de salvarte y, al mismo tiempo, acercarme un poco a lo que llevaba media vida deseando.

Las palabras se quedaron flotando, cargadas de confesiones tardías.

Julian la miró como si la viera por primera vez. Como si la Helen de las trenzas, la de los bailes, la de la terraza, la de su despacho, se hubiesen fundido por fin en una sola. Una gran mujer que le confesaba que lo había amado siempre.

¡Dios! Algo se aflojó en su pecho.

—Lo siento… Yo no creí que pudiese estar a tu altura y nunca me imaginé que me verías de ese modo. Te lo juro —le dijo Julian.

—Siempre he estado enamorada de ti —repitió como si fuese un credo, más despacio—. Nunca tuve la menor esperanza de que fuese recíproco. Pensé que, con suerte, lograría ser una buena esposa para ti, una amiga. Me habría conformado con eso con tal de tenerte para mí.

Él levantó la mano y le rozó la mejilla con el dorso de los dedos.

Fue un gesto tan suave que casi dolió.

—Y yo —musitó— he pasado años negándome siquiera a imaginar que esto fuese posible. Por orgullo, por miedo, por esa maldita idea

de que no merecía tocarte. Si esto no es la definición exacta de un perfecto estúpido, no sé qué lo es.

Ella soltó una risa entrecortada, a medio camino entre el sollozo y el alivio.

—Oh, Julian. No te equivoques, estoy furiosa contigo, pero al mismo tiempo agradecida por saber que me acabas de dar el mejor de los regalos. ¡Me amas!

—Te amo —confirmó él por si todavía le quedaba alguna duda a su flamante esposa.

Él dejó caer la mano para acariciar su cuello. El pulgar se posó sobre el hueco donde el pulso le latía desbocado.

—Yo también te amo —lo premió ella.

—Estoy ebrio —advirtió, en un susurro—. No tanto como para no saber lo que digo, pero lo bastante como para que mañana me avergüence de haberte gritado al principio. No quiero que pienses que esto es solo por el licor. Todo lo que te acabo de decir es la verdad.

Helen alzó la mano y le sostuvo la muñeca.

—Si mañana te atreves a decir que ha sido solo el licor —murmuró—, te recordaré cada palabra. Una por una, y luego te atizaré con lo más duro que encuentre.

La tensión cedió. Seguía ahí, pero ya no cortaba; los envolvía.

Julian bajó la vista a sus labios.

No fue una decisión consciente esta vez tampoco. Solo un movimiento simultáneo.

Se buscaron.

El primer beso fue un reencuentro como el que habían tenido en el despacho, pero la confesión ya dicha lo hizo más hambriento. Era igual de intenso, igual de urgente, pero llevaba debajo algo nuevo, como la certeza compartida de que ninguno de los dos estaba engañándose ya. Se habían liberado de los silencios.

Helen se aferró a su camisa, acortó por completo la distancia que los separaba. Sintió el sabor del licor, el calor de su boca, la firmeza de sus manos al rodearle la cintura… El mundo se redujo de nuevo a ese punto de contacto.

Cuando se separaron un instante para respirar, ella apoyó la frente en la suya.

—¿Vas a seguir escondiéndote en la biblioteca? —susurró.

Él soltó una risa ronca.

—Creo que ya he tenido suficiente brandy.

Ella suspiró.

—Entonces ven conmigo y reclámame como tu esposa. —Le tendió una mano.

No fue una orden ni una súplica. Fue una invitación directa y sincera.

Julian la miró a los ojos; buscaba cualquier rastro de duda. No encontró ninguno.

Le dio su mano y la siguió escaleras arriba.

En el pasillo, la luz de un candelabro dibujaba sombras danzantes en las paredes. Helen sentía cada latido como un tambor en el pecho. Julian notaba cómo el peso de los años de contención se desprendía de sus hombros con cada escalón que subía.

Entraron en la habitación de Helen.

La luz era suave.

Julian la miraba en silencio.

Helen se soltó el nudo de la cintura con las manos más firmes de lo que esperaba, dejó que la prenda se deslizara por sus hombros y se mostró ante su marido como una esposa decidida a apartar el pudor en favor de la seducción.

No necesitaban palabras. Cuando Julian vio la obscena prenda que su esposa llevaba, soltó un gruñido lleno de aprobación.

Cruzó la distancia que los separaba y volvió a besarla, más despacio, saboreando cada reacción, tragándose cada pequeño suspiro. Sus manos la rodearon como si temiese que al menor descuido, Helen pudiese desaparecer. Ella respondió con la seguridad de quien por fin se sabía completamente amada y muy deseada.

Lo demás fue una sucesión de gestos torpes y tiernos, de risas ahogadas y caricias nuevas, de descubrimientos compartidos bajo el dosel de la cama.

No fue perfecto. Ninguna primera noche para una doncella virginal lo era. Pero fue hermoso.

Cuando, al fin, la casa se quedó totalmente en silencio y las brasas de la chimenea se redujeron a un resplandor tenue, Helen descansaba con la cabeza apoyada en el hombro de Julian y la mano sobre su pecho.

Él la estrechó con suavidad, aún con la respiración algo irregular tras haber hecho el amor con sumo deleite.

—Si esto es un milagro de Navidad —murmuró él, con la voz áspera—, admito que llega con un poco de retraso, aunque es más que bienvenido.

Helen sonrió contra su piel. El hoyuelo se le marcó, invisible en la penumbra.

—Algunos regalos merece la pena esperar toda la vida para abrirlos —respondió.

Él dejó escapar una risa baja y la besó en la frente.

La ciudad, fuera, seguía siendo fría. Los periódicos seguirían circulando al día siguiente con la noticia de un matrimonio apresurado, las lenguas seguirían moviéndose con maldad, el pasado seguiría pesando, pero ellos acababan de dar el primer paso para ser felices. Felices de verdad, pues esa noche, al fin, dos personas que se habían querido en silencio durante años eran el uno para el otro sin reservas.

Epílogo

Un cuento de hadas perfecto

El pequeño Gabriel James Redford era la expresión misma del amor que sus padres se profesaban. Representaba los sueños que Helen y Julian habían cumplido al fin.

Estaba arropado en una mantita blanca, con una cinta de color verde pálido en el borde, y dormía con esa seriedad ofendida de los recién nacidos que parecían no comprender cómo se atrevía el mundo a hacer ruido a su alrededor. Tenía el pelo oscuro, un remolino testarudo en la coronilla y, cuando entreabría los párpados, se adivinaban unos ojos que prometían oscurecerse tanto como los de su padre.

Helen lo sostenía contra el pecho, sentada en un sillón junto a la ventana del salón pequeño de la casa de Mayford Hill. Su nuevo hogar en el campo.

El salón había cambiado tanto como sus vidas.

Cinco meses atrás, cuando el anciano conde Mayford había exhalado su último suspiro, el título había caído sobre Julian como una espada de doble filo. El tejado ya no goteaba, las paredes habían sido reparadas, las habitaciones aireadas. Las cuentas, sin llegar a ser las de Aylesford, presentaban al fin una salud aceptable. Era un hogar. Y, por primera vez, Helen sentía que ese hogar llevaba su huella tanto como la de él.

Lady Mayford. Aún le resultaba extraño pensar en su nuevo título y no mirar alrededor, por si alguna otra dama respondía cuando alguien se refería a ella de ese modo.

La luz de la tarde se filtraba por los visillos, suave, dorada, y arrancaba destellos a la cabecita del bebé. Afuera, los jardines se extendían verdes y tranquilos; unos jardineros se afanaban a lo lejos con los rosales, y el murmullo de una fuente llegaba atenuado hasta el interior.

—Está completamente entregado a la causa del sueño —murmuró una voz divertida a su espalda—. Claramente, no se parece a mí en eso.

Helen sonrió sin volverse.

—Es un Redford —replicó—. Tendrá algunas virtudes como su padre, también manías diferentes.

Julian se acercó hasta que se quedó a su lado. Se había quitado la chaqueta, llevaba la camisa abierta en el cuello y el chaleco desabrochado en el último botón. Parecía menos conde y más un hombre satisfecho que acababa de huir de un montón de papeles que le había traído su administrador.

Se detuvo un instante a contemplar la escena.

La mujer a la que había deseado en silencio durante años, con el cabello suelto sobre los hombros y un vestido de muselina azul claro, sostenía a su hijo. Su hijo. El heredero de su patrimonio y título.

Se inclinó un poco y besó la cabeza de su pequeño.

—Milord —murmuró Julian—, debería estar usted profundamente agradecido a su padre. He rellenado más formularios en cinco meses de conde que en toda mi vida de capitán.

Helen lo miró de reojo.

—El capitán no se quejaba cuando le disparaban, estoy segura —comentó—, pero la contabilidad de las tierras es otro asunto.

Julian hizo una mueca.

—La artillería francesa era más honesta. Uno sabía de dónde venía la bala. Los impuestos, en

cambio…

Ella ahogó una carcajada, para no despertar al niño. Sabía que el humor era la salida que tenía su esposo para olvidar parte de su pasado violento.

Él se apoyó en el respaldo del sillón y dejó caer una mano sobre el hombro de Helen, con la naturalidad de quien había llegado a considerar ese gesto tan indispensable como respirar. Le gustaba acariciarla a todas horas, del modo en que fuera. Ella le daba paz. Era su luz en medio de la oscuridad.

—¿Te he dicho hoy que te amo?

—No lo suficiente.

—Te amo, esposo.

—¿Cómo está mi condesa? —preguntó en voz baja—. Y no me hables del heredero. Ya sé que tiene mejores pulmones que yo. Me refiero a ti, amor mío.

Helen apoyó la mejilla en el dorso de su mano.

—Cansada —admitió—. Feliz. Y ligeramente horrorizada con la cantidad de pañales que puede llegar a necesitar un solo ser humano tan pequeño.

—Te acostumbrarás —dijo él—. O huiremos los dos y lo dejaremos al cuidado de Aylesford y Margaret. Estoy seguro de que tu hermano podrá educar a un futuro conde, aunque no pudo evitar que su hermana se casara con el capitán equivocado.

Ella alzó la mirada. Sus ojos verdes brillaron.

—¿Equivocado? No seas ridículo, querido. Mi hermano casi se desmaya cuando los dos le confesamos que llevábamos media vida el uno enamorado del otro.

—Me gustó ver su cara de sorpresa.

—Fue de felicidad. Edmund se alegró por los dos.

—Tú no viste el disgusto que mostró cuando le dije que fui yo quien te propuso matrimonio sin haber hablado primero con él.

—No tiene sentido recordar eso tampoco porque yo misma le confesé que fui a buscarte para ofrecerte mi propia mano.

—Ahí sí que pensé que le daría un ataque de apoplejía.

—No recordamos las cosas del mismo modo, porque tengo que señalar que Margaret ya le

había dicho la verdad antes de que nosotros decidiésemos hacerlo.

—Eso me recuerda que la duquesa no es de fiar.

—Lo es. Margaret se lo contó todo a mi hermano porque una esposa no desea ver sufrir innecesariamente a su marido. No la culpes. Además, debería decirte que es ella la que me sigue regalando esas cosas tan escandalosas que tanto te gusta que lleve en nuestro lecho.

—¿Es ella la que te compra esas prendas que me vuelven loco? —preguntó asombrado.

—Por supuesto. Yo no podría enfrentarme a la modista y pedirle algo de ese calibre.

Dios bendijese a la duquesa, pensó Julian.

—Está bien. Le perdonaré la indiscreción. Lo único que no comprendo es por qué tu hermano se mostró tan sorprendido cuando le confesamos la verdad si su esposa ya se lo había dicho prácticamente todo.

—Porque no quería traicionar la confianza de su duquesa. ¿No lo entendiste entonces?

—Lo que más me preocupa es saber de qué color será el próximo regalo que te haga la duquesa. Creo que no tienes ninguno en color verde. Pronto se cumplirá la recomendación del médico para poder retomar nuestra vida marital. Estoy famélico, Helen.

—No más que yo.

—Descarada…

—Te gusta que sea así —le recordó.

—Es cierto.

Helen bajó la vista hacia el bebé, para ocultar la sonrisa que se le estaba escapando.

—Margaret dice que fue una bendición que el periódico publicase aquella columna maliciosa —comentó—. Según ella, es la única vez en la historia que una fuga a Gretna Green ha tenido consecuencias razonables en Londres. Dicen que el padre de lady Charlotte tuvo que aceptar al mozo de cuadras porque estaba embarazada y llegó tarde para impedir la boda. Los envió con una buena fortuna rumbo a los Estados Unidos de América porque allí no sufrirían debido al escándalo. Supongo que todo acabó bien para la joven. Me alegro mucho por ella.

Julian dejó escapar un bufido.

—Si me hubiesen dicho entonces que acabaría agradecido… Fue una suerte, sí.

—Yo te dije que pensé que aquello era un milagro de Navidad, ¿recuerdas? —respondió ella—. Solo que se presentó con la apariencia de un escándalo.

Él la miró, con ese gesto que mezclaba ternura y adoración que siempre la conmovía.

—Un milagro, sí. Eso fue —coincidió con ella de nuevo.

—Hablando de milagros —apuntó Helen—, Margaret ha escrito. Dice que se encuentra muy bien. El médico asegura que su recuperación está siendo mucho más rápida que con Tommy. Dice que la niña es tranquila, que apenas llora y que Edmund no cabe en sí de orgullo porque por fin hay otra dama en la casa que manda tanto como su madre.

Julian sonrió.

—Así que nuestra sobrina ha decidido aparecer justo cuando nosotros producimos al heredero. Perfecto. Que se hagan compañía y la enseñe a subirse a los árboles.

Ella se echó a reír.

El bebé se movió en sus brazos. Se estiró, emitió un pequeño sonido disconforme y frunció ligeramente el ceño. Helen empezó a balancearlo con una suavidad aprendida durante las noches algo más largas en las que el niño lloraba.

—Shhh, pequeño —susurró—. Todavía no tienes edad para preocuparte por las fincas. Delega en tu padre.

Julian la observó mientras hablaba con el niño.

Había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea de que había logrado ser feliz. No era una revelación reciente. Se había convertido en una certeza, en algo que formaba parte de su día a día como el sonido de sus pasos en el pasillo o el eco de su risa al otro lado de una puerta.

La amaba cuando la veía discutir con el administrador con la misma firmeza con que habría llevado la contraria a un general. La amaba cuando lo obligaba a acostarse más temprano porque llevaba demasiadas horas trabajando. La amaba cuando se ponía el delantal para supervisar un pastel en la cocina y cuando se recogía el pelo con prisas para bajar a desayunar porque quería compartir la mesa antes de que él se encerrase en el despacho para trabajar.

Y, sobre todo, la amaba de una forma casi dolorosa cuando la observaba con su hijo en brazos.

Si alguien le hubiese dicho, en aquella terraza helada, que terminaría casado con la mujer que se creía destinada a ser solterona por un amor imposible, lo habría lanzado al agua para que se despejara. Nunca pensó en que podría ser tan afortunado.

Helen levantó la vista y lo sorprendió observándola.

—¿Qué? —preguntó—. Tienes esa expresión de cuando calculas las facturas de la semana. Espero que no estés planeando conquistar Francia.

Él negó, más serio.

—Estoy intentando asumir que tengo todo lo que una vez deseé y no me atreví a confesar que anhelaba, amor mío.

Ella le sonrió.

—Ambos hemos conseguido todo con lo que soñábamos, mi amor.

Helen lo miró con tanta ternura que el corazón de Julian pareció saltarse un latido.

Se inclinó un poco hacia él y, con cuidado de no mover al bebé, acercó los labios a los suyos.

El beso fue suave, familiar, sencillo. Un roce que resumía toda la complicidad que compartían.

Cuando se separaron, Helen apoyó de nuevo la cabeza en el respaldo del sillón.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —preguntó.

—Estoy deseando oírlo.

—Que al final no has tenido razón.

Él frunció el ceño, sin perder el brillo divertido.

—Eso es claramente falso. Siempre tengo razón.

—Dijiste que un militar no podía permitirse amar. Que el amor te volvía descuidado, que era un lujo. Y mírate ahora. —Lo señaló con la barbilla—. Conde, marido, padre… terriblemente enamorado y, además, decididamente correspondido.

Julian soltó una carcajada baja.

—Condesa —replicó—, te informo de que ese es el secreto mejor guardado del ejército, dado que el amor hace que uno tenga más motivos para volver a casa de una sola pieza. Volví por ti, y solo por ti sobreviví; ahora lo veo.

Helen sintió que se le apretaba un poco la garganta. No dijo nada. Solo alzó la mano libre y la entrelazó con la de él.

Durante unos minutos, se quedaron así, hasta que él se sentó en una silla a su lado solo para contemplar lo que más quería.

El sol descendía despacio, tiñendo de ámbar el jardín.

Y, mientras la tarde se convertía en una noche tranquila, una pareja hablaba sobre su futuro, sobre lo querido que era su hijo o lo que cenarían más tarde.

Una cosa era segura. El trato de una dama se había convertido en un auténtico milagro navideño.

Fin.

La **bilogía** completa

«El regalo del duque»

Link: https://mybook.to/00aufc



Londres, 1805.

Cuando un ramillete de muérdago cae en el momento más inoportuno, la ciudad entera decide que Edmund Hawthorne, **duque de Aylesford**, ha elegido esposa. Él detesta las obligaciones; ella, **lady Margaret Fairchild**, se niega a ser un peón de la sociedad. Los rumores, las caricaturas y las columnas maliciosas comienzan a apretar, pero algo los puede unir. Ambos coordinan donativos y villancicos para la parroquia de St. Martin.

Entre murmuraciones y chocolate caliente, nace una alianza inesperada. Una tregua pública, que esconde la franqueza privada. Un beso robado en un pasillo oscuro, una declaración que vale más que la tinta con la que se hubiese escrito, y un muérdago que deja de ser una trampa para convertirse en felicidad. Y cuando llegue la Navidad, un duque y una dama sabrán qué camino escoger.

Un romance navideño de época, tierno, elegante y con su final feliz.

¿Listos para colgar el muérdago?

«El trato de la dama»

Link: https://mybook.to/iawTvXA



Londres, 1806.

El **capitán Julian Redford** está preparado para sentar la cabeza y anunciar su matrimonio. Pero, en vísperas de Nochebuena, su futura esposa huye con un mozo de cuadras y lo convierte en el chiste más jugoso de la temporada.

Mientras los salones se llenan de risas y rumores, **lady Helen Hawthorne** se niega a permanecer como una simple espectadora. Lleva años acostumbrada a que Julian la vea como «la pequeña Helen», pero no está dispuesta a verlo caer en desgracia por culpa de una novia cobarde. Así que toma una decisión tan audaz como imprudente: ofrecerse en lugar de la prometida fugitiva.

Lo que nace como un trato razonable para salvar reputaciones podría convertirse, durante ese invierno helado, en algo mucho más peligroso.

En una ciudad que no deja de murmurar, **¿podrá un trato navideño transformarse en el verdadero regalo de una dama?**

Sobre la autora y la historia

Soy Anne Lovelace, una escritora que se divierte creando historias de amor de damas y caballeros en la época de la Regencia Inglesa.

He decidido comenzar a escribir porque resulta apasionante imaginar la vida en aquella época.

Besos, preciosas mías. Regreso pronto con más ideas.